

EL PLANETA MALDITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

CLARK CARRADOS

EL PLANETA MALDITO

CAPITULO PRIMERO

Se encontró de repente, sin saber cómo, cayendo vertiginosamente hacia el planeta que se divisaba en el espacio, brillantemente iluminado por una estrella tipo sol y situado en un sector de la Galaxia muy poco explorado todavía.

La falta de control de la astronave era absoluta. Los mandos no le obedecían, aunque algunos indicadores sí funcionaban. Así pudo apreciar la creciente velocidad que le conducía a la catástrofe.

Ovid Hynan se dio cuenta de que lo inevitable estaba a punto de suceder. Era el piloto y único tripulante, y se preparó para abandonar la nave.

El radar de aproximación le señaló el inminente acercamiento de la atmósfera, completamente terrestre. Al menos, se dijo, sobreviviría, aunque fuese en condiciones precarias.

Lo ocurrido era algo completamente anormal. Hasta el momento de la desviación, el funcionamiento de la nave era correcto. No comprendía cómo se había producido la avería; teóricamente, era algo imposible y, sin embargo, estaba cayendo.

De pronto, pensó que parecía como si una fuerza misteriosa le atrajera hacia aquel planeta. Pero no podía perder tiempo en estériles elucubraciones.

En pocos minutos, estuvo en el bote de salvamento. La explosión de unos pequeños cohetes lo separó de la nave, que continuó su vertiginosa caída.

A los pocos momentos, la astronave entró en la atmósfera del planeta desconocido. Volaba a una enorme velocidad y la fricción empezó a calentar el casco que, pocos momentos después, se puso al rojo vivo.

Hynan estaba ya a suficiente distancia cuando se produjo la explosión. La astronave se convirtió en una bola de un blanco cegador, que luego viró a tonos más cálidos, creciendo hasta el rojo oscuro, para desaparecer al fin tras una inmensa nube de humo.

Afortunadamente, los motores de la nave eran de energía solar, no contaminantes, con lo que el riesgo de radiactividad era nulo. Hynan lloró interiormente la pérdida del aparato. Había salvado la vida, pero era un consuelo muy relativo.

¿Qué haría ahora? ¿Estaba habitado el planeta? Y, si no lo estaba, ¿se daban las condiciones mínimas para la supervivencia?

En el bote salvavidas había alimentos para cierto tiempo, así como armas y algunas herramientas mínimas. Pero, ¿qué pasaría cuando el tiempo empezase a transcurrir y no hubiese encontrado ayuda ajena?

Convertirse en un Robinson del espacio no iba a ser precisamente divertido, se dijo.

Poco después, entró en la atmósfera. Los mecanismos del bote funcionaban bien y evitaron la destrucción por calentamiento. Ahora estaba a unos doscientos kilómetros de altura y los automatismos redujeron la velocidad a las cifras adecuadas.

Pero, cuando había descendido otros cien kilómetros, la nave, que ya había reducido su velocidad, aceleró de nuevo. Hynan presintió que algo «tiraba» del bote salvavidas. Probó con los

controles, pero ocurrió lo mismo que con la astronave.

Nada funcionaba. ¿Había alguna fuerza misteriosa que anulaba la acción de los mecanismos?

Caía velozmente y parecía que nada iba a evitar la destrucción de su tabla de salvación. Pero aún le quedaba un recurso: la burbuja de salvamento.

Esperó unos minutos más. Cuando tuvo la seguridad de que se avecinaba la segunda catástrofe, fue a la esclusa y se situó encima de la pequeña plataforma, semejante a una gran losa, de un metro de lado por medio de grueso y, con la punta del pie, presionó un resorte.

La compuerta externa se abrió. Hynan fue lanzado al espacio y, en el acto, quedó envuelto por una esfera transparente de unos dos metros de diámetro, completamente estanca y dotada de un mecanismo renovador del aire respirable.

Entonces, aquella fuerza misteriosa aumentó su potencia y el bote salvavidas descendió como un cohete. Mientras la burbuja bailaba una danza alocada en el aire, Hynan contempló el vertiginoso descenso del bote que acabó estrellándose contra el suelo unos minutos más tarde.

Sin embargo, no vio el impacto, porque, debajo de él, había una espesa capa de nubes que le privaban la contemplación de lo que había en la superficie del planeta.

La burbuja se había estabilizado ya y descendía con cierta rapidez, aunque Hynan no sentía temor alguno ya que, en el momento apropiado, un mecanismo automático dispararía una sustancia disolvente de la esfera de plástico y desplegaría un paracaídas.

Al cabo de unos minutos, entró en las nubes. Casi de repente, sintióse terriblemente zarandeado.

Durante algunos segundos, no supo qué ocurría. Pero tampoco tardó demasiado en hallar la solución.

Estaba en la zona de influencia de un terrible tifón. La velocidad del viento, calculó, debía de superar los doscientos kilómetros por hora.

Hynan se resignó a lo que no podía evitar.

—¿Qué nueva desgracia me ocurrirá ahora? —se preguntó.

***

El suelo apareció casi repentinamente. Los espantosos zarandeos de la burbuja se calmaron como por encanto.

Hynan miró hacia arriba. Las nubes se alejaban velozmente.

—Bueno, parece que, por ahora, he salvado el pellejo —murmuró.

Pero cuando contempló el lugar en que iba a aterrizar, el alma se le cayó a las pies.

En todo cuanto alcanzaba la vista no se veía una sola mancha de verdor ni señales de agua. Debajo del él sólo había arena, piedras y rocas.

Hynan sintió pánico.

—¡Dios mío! ¿Adónde he ido a parar?

El líquido disolvente actuó casi inesperadamente y el paracaídas se desplegó. Un cuarto de hora más tarde, Hynan ponía los pies en el suelo.

El sol brillaba cegador en las alturas. Hynan, erguido, fue girando lentamente sobre sí mismo, hasta cubrir un círculo de 360°. De nuevo sintió pánico.

El desierto no era llano absolutamente, aunque las elevaciones y depresiones no marcaban sensibles diferencias de nivel. Pero sí había ciertas formaciones geológicas, caprichos de la naturaleza que, en otras circunstancias, le habrían parecido admirables.

Eran como torres altísimas, de dimensiones verdaderamente fantásticas. Había una, en especial, a cinco o seis kilómetros de distancia, un impresionante monolito de roca de color rojizo, veteada de ocres y amarillos casi blancos, cuya cúspide, calculó, no se hallaba a menos de mil metros de distancia del suelo.

El calor era insoportable. Hynan se despojo de gran parte de su indumentaria, quedándose con lo mínimo qué guardó en una bolsa, la cual fue a parar luego a su espalda Si aquel planeta tenía unas revoluciones semejantes a las de la Tierra, cuando llegase la noche, la temperatura descendería radicalmente.

El paracaídas también podía servirle. Quizá, algún día, le permitiría montar una tienda de campaña.

—Si es que salgo de este infierno —se dijo.

En la base de la burbuja había una pequeña cantidad de alimentos y una cantimplora con cinco litros de agua. Una vez estuvo listo, Hynan echó andar.

No se preguntó siquiera qué dirección tomaría. Puesto que desconocía el lugar, cualquier rumbo era bueno.

Podía acertar o fracasar. En el primer caso, salvaría la vida.

—Y, en el segundo, mis huesos blanquearán al sol algún día.

***

Veinticuatro horas más tarde, le pareció que no se había movido del mismo sitio.

El panorama era abrumadoramente monótono. Sol, arena, piedras... y las torres de roca alzándose en casi ininterrumpida sucesión por todas partes, aunque siempre a distancias que iban de los cinco a los diez kilómetros.

Había dormido algunas horas al llegar la noche, reanudando la marcha antes del amanecer. Pero había momentos en que creía hallarse sobre una alfombra deslizante que se movía mientras él permanecía siempre en el mismo sitio, dando paso tras paso, sin adelantar un metro.

Una vez, había notado... pero no estaba seguro y hasta se sentía avergonzado de si mismo, por albergar semejantes ideas.

—No podía ser —se había dicho, cuando, al tocar el suelo con la mano, en cierta ocasión, le pareció que estaba tocando la superficie exterior de un ser vivo.

Repentinamente, cuando menos lo esperaba, ocurrió algo incomprensible.

Sin moverse apenas, una fuerza irresistible le arrebató todo cuanto llevaba sobre sí. Por un momento, creyó hallarse en medio de un terrible huracán, cuya potencia era suficiente para despojarle hasta de sus ropas. Vio volar la bolsa con la comida, el agua, el paracaídas, su camisa, los pantalones y, de pronto, se quedó completamente desnudo.

Durante unos segundos, la mente de Hynan se negó a admitir lo sucedido.

—Estoy soñando, estoy soñando... —se repitió una y otra vez.

Pero el sol abrasaba y, si seguía allí mucho tiempo, moriría indefectiblemente.

Había una torre de roca a menos de mil metros de distancia y daba sombra. Por el momento, era su único recurso y hacia allí encaminó sus pasos, aturdido, vacilante, sin comprender en absoluto qué le sucedía.

Empezó a temer por su razón. ¿Acabaría loco?

¿Qué fuerza misteriosa había en su contra? ¿Por qué se ensañaba con él?

Cuando llegó a una zona en sombras, se sentó, completamente desmoralizado. No tenía agua, no tenía comida y lo peor de todo era la falta de indicios de alimentos y liquido. Abrumado, se derrumbó en el suelo y empezó a sollozar.

***

Caminaba como un autómata, sin mirar a ningún punto en particular.

Había perdido ya la noción del tiempo. Ignoraba cuántos días llevaba sin comer ni beber.

El instinto de sobrevivir, sin embargo, era más fuerte y le hacía persistir en sus esfuerzos por salvarse. Caminaba durante la noche y dormía por el día.

En las horas de calor, siempre había cerca un monolito, en el que no faltaba una grieta que le proporcionaba sombra durante la mayor parte de la jornada diurna. Al atardecer, cuando ya el sol se ponía tras el horizonte, reanudaba la marcha.

Por el movimiento del sol, había calculado el rumbo Sur. En la zona meridional, se dijo, siempre había agua. Si se hallaba en un sector aproximadamente ecuatorial, algún día alcanzaría la zona templada, con ríos y bosques.

Los río le darían agua potable y los bosques frutos comestibles. Era todo lo que necesitaba, por el momento.

La inextinguible voluntad de sobrevivir, le hacía caminar sin más descanso que el necesario en las horas de calor. Pero la falta de comida y, sobre todo, la de agua, empezaba ya a hacer mella en su organismo.

Hynan no se hacía ilusiones. Aguantaría un día, dos, a lo sumo. Luego llegaría el momento en que, completamente agotado se dejaría caer al suelo, sin fuerzas para mover un dedo. Él sol haría el resto, calcinando su cuerpo desprovisto de toda protección.

Bruscamente, divisó algo que le hizo dudar de si mismo. Aquella superficie que brillaba...

Había amanecido hacía poco y los rayos del sol caían oblicuamente sobre la lámina que parecía de plata. Quiso pronunciar la palabra mágica, pero tenía la lengua hinchada y sólo consiguió emitir un sonido ininteligible.

Tambaleándose, con los brazos extendidos, corrió hacia el agua.

De pronto, sintió pánico.

¿Y si se trataba de un océano de agua salada?

Pero no detuvo su enloquecida carrera. Tenía que salir de dudas cuanto antes.

Un cuarto de hora más tarde, se desplomó al borde de la masa liquida. Cayó de bruces y metió la cara en el agua, bebiendo desaforadamente, como una bestia, un ser que ya no tenía nada de humano.

Y entonces, cuando apenas había humedecido sus labios, el agua se retiró con vertiginosa rapidez, dejándole de nuevo tendido en un suelo árido y seco.

CAPITULO II

Hynan pareció perder la razón.

Había sido un espejismo. ¿Cómo podía creer que había agua en aquellos parajes?

Enloquecido. Con furia demencial, se puso en pie, vomitando torrentes de injurias contra aquel planeta que se le mostraba tan absolutamente hostil.

Ya no sabia lo que se hacía. De pronto, vio una piedra brillante, tan grande como su puño. Como si el planeta fuese su enemigo, se agachó, agarró la piedra y la arrojó a lo lejos.

En aquellos momentos, deseó que el planeta fuese un hombre y que la piedra le destrozase la cabeza.

—¡Maldito, maldito...! —clamó, exasperado de una forma indescriptible.

La piedra trazó una parábola en el aire, rayó al suelo y entonces ocurrió algo absolutamente inesperado.

El agua reapareció.

Hynan se encontró de repente con los pies metidos en el liquido. Había pequeñas olas que se acercaban mansamente a la orilla, como las producidas por un río ancho y de gran caudal, pero de corriente poco veloz.

Durante unos segundos, permaneció en la misma posición, temiendo moverse, por si se reproducía el fenómeno del espejismo. Luego, casi con timidez se inclinó y mojó una mano.

Un segundo más tarde, se encontraba revolcándose en el agua, riendo como un idiota, arrojándose chorros de liquido a sí mismo y dándose chapuzones, alternados con largos tragos del líquido vital. Poco a poco, sin embargo, empezó a imponerse la cordura y volvió a incorporarse.

Y, en el mismo momento, se produjo a corta distancia el sonido menos esperado en aquellos parajes.

La voz de una mujer que demandaba ayuda:

—¡Socorro, socorro!

Atónito, Hynan volvió la mirada. A menos de cien pasos, divisó una diminuta isleta de roca, sobre la cual se hallaba una mujer.

Parpadeó.

—¿Otro espejismo?

Ella agitó los brazos.

Ayúdeme, por favor. El agua está subiendo y pronto anegará este saliente.

Hynan se sentía muy débil, aunque el haber bebido agua le habla devuelto las fuerzas en parte. Sin pensárselo dos veces, se lanzó al agua y empezó a nadar. Sólo cuando estaba a pocos pasos de la isleta, se percató de que la mujer estaba igualmente desnuda.

—¿Es que no sabe nadar?

—Muy poco —contestó ella—. No me atrevo a recorrer sola la distancia que hay hasta la orilla...

—Muy bien, venga conmigo y no pierda la serenidad. Es lo peor que podría ocurrirle, señora.

Ella sonrió.

—Creo que el protocolo sobra en estas circunstancias —dijo—. Me llamo Sarah Lattel.

—Ovid Hynan —dijo él, a la vez que alargaba un brazo—. Tienes razón, Sarah; los tratamientos ceremoniosos son innecesarios.

—Sobre todo, con esta indumentaria —dijo Sarah irónicamente.

—Parece que te ha ocurrido lo mismo que a mi, ¿eh? Pérdida de la nave, el tifón misterioso que se lleva todas las ropas y el equipo... ¿Me equivoco?

Sarah le entregó la mano.

—Has acertado, Ovid —contestó—. ¿Hacia dónde vamos? De pronto, Hynan vio algo que le dejó sin respiración. El bosque que había en la otra orilla, a unos doscientos metros, era absolutamente real. Ya no había espejismos.

Árboles, algunos de ellos enormes, plantas, flores, matorrales, hierba en abundancia...

—Hacia allí, Sarah —contestó.

***

Exhaustos, se dejaron caer sobre la hierba, después de una travesía que les pareció no iba a tener fin jamás. Sarah jadeaba penosamente y parecía haber quedado sin fuerzas.

Hynan, sin embargo, se esforzó por recuperarse. Muy pocos minutos después, se puso en pie.

A veinte pasos divisó un árbol parecido a un manzano terrestre. Había en él unos frutos grandes como su puño, de color dorado. Fue al árbol, arrancó uno y mordió sin vacilar.

—O mato el hambre o reviento —mascculló.

La fruta tenía un sabor excelente y cierta consistencia harinosa, que le hizo pensar en su elevada calidad nutritiva. Tras devorar la primera, cogió unas cuantas más y regresó junto a Sarah.

—Come —dijo.

Ella le minó, aprensiva.

—¿No será venenosa?

—No tenemos otra opción.

—Creo que tienes razón —asintió ella, a la vez que se sentaba en el suelo.

Mientras comía, Hynan la observó a hurtadillas. Era una joven alta, robusta, sin mengua de la esbeltez, de largos cabellos claros y ojos muy expresivos. Quizá no era una belleza tipo clásico, pero su rostro poseía una expresión amable y enérgica a un tiempo, que le confería un singular atractivo.

Sarah no parecía muy afectada por la ausencia total de ropajes. Después de comer un par de manzanas, miró al joven y volvió a sonreír.

—Ahora me siento un poco mejor —declaró—. Es lo primero que entra en mi estómago, después de tres días de ayuno.

—Yo he perdido la cuenta, pero también he estado unos días sin probar bocado. Supongo, Sarah —añadió—, que te habrás dado cuenta de cuál es nuestra situación actual.

—Presiento que quieres discutir nuestro futuro plan de acción, Ovid.

—Así es. Hasta ahora, estábamos solos, abandonados cada uno a su suerte. Ahora somos dos y las posibilidades han aumentado enormemente. No te pregunto de dónde vienes, ni qué hacías,

pero sí debemos pensar en el futuro. Puede que algún día consigamos salir de aquí, pero creo que lo mejor es pensar que estamos en el planeta para el resto de nuestros días. ¿Lo as entendido?

—No has ocultado la situación —sonrió ella—. Bien, si he de serte sincera, yo soy muy poco mañosa. Una vez me dijeron que era una inutilidad bípeda y creo que tenían razón, pero te ayudaré en la medida de mis fuerzas y haré todo lo que tu digas.

—Bueno, no te pido obediencia ciega, Sarah. A fin de cuentas, también tienes cerebro...

—Una vez, un tipo dijo que tenía el mismo cerebro que un mosquito —dijo Sarah con amargura.

—Ese tipo no te conocía, sin duda.

—Tú tampoco, Ovid Nos hemos encontrado hace apenas una hora y no sabes de qué soy capaz.

—Eso se irá viendo con el tiempo —dijo Hynan—. Sarah, de momento, ya hemos comido. Creo que deberíamos alejarnos de aquí aunque sin perder el río de vista. El agua es imprescindible para la vida.

—Sí, desde luego.

—Buscaré alguna piedra, la afilaré contra otra y procuraré cortar una rama de árbol, recta y larga, para fabricarme una lanza. Estamos como náufragos en una isla desierta, sin otros recursos que nuestras manos y nuestra inteligencia, pero debemos sobrevivir y lo conseguiremos.

Sarah le contempló admirada.

—No te dejas abatir fácilmente, Ovid —exclamó.

—He luchado duramente y pensaba seguir así, hasta quedarme absolutamente sin fuerzas. Es lo que haremos hasta el último momento, sin rendirnos nunca. ¿De acuerdo, Sarah?

Ella le tendió una mano.

—Saldremos adelante —vaticinó.

—Entonces, vamos a ponernos en marcha sin perder más tiempo. No sé qué rumbo seguirá este río, pero si hay habitantes en el planeta, con toda seguridad vivirán en sus inmediaciones. Y, si no los hay, un día encontraremos el lugar apropiado para establecernos definitivamente.

Hynan no quiso añadir que eso era lo que temía, para no aumentar las aprensiones de la joven. Pero, en su fuero interno, estaba plenamente convencido dé que ya no iban a salir nunca de aquel enigmático planeta, que tantos misterios parecía albergar.

***

La piedra estaba semihundida en la hierba y Hynan la sacó, arañando el suelo con las manos. Luego buscó otra piedra, plana y se situó justo encima del montoncito de polvo blanquecino, que había hecho, moliendo unos trozos de hierba seca con fricciones de las palmas de las manos.

La piedra era muy parecida a la que había tirado cuando vio que se retiraba el agua en lo que le había parecido un espejismo. Era más pesada de lo que correspondía a su volumen y se preguntó qué clase de metal era el que contenía. Daba la sensación de ser oro, pero Hynan era algo entendido en la materia y decidió que no era el metal precioso que tanto valor tenía en la Tierra.

Conteniendo el aliento, golpeó las dos piedras. Al segundo intento, saltó una chispa, que fue a caer sobre la yesca.

Hynan sopló muy suavemente. La chispa prendió y, segundos después, vio una diminuta brasa.

La brasa aumentó de tamaño. Hynan colocó encima unos palitos secos. A los pocos momentos, tuvo la satisfacción de ver brotar la primera llama.

Casi estuvo a punto de lanzar un aullido de alegría. Sarah, en poco más allá estaba muy ocupada en una labor de sumo interés.

—¡Sarah, lo he conseguido! —exclamó.

Ella sonrió. Momentos después, vino con dos grandes peces, completamente limpios, conseguidos por Hynan mediante el uso de la lanza que se había fabricado.

—Vamos a comer caliente —dijo ella.

—Nos parecerá manjar de dioses —sonrió Hynan.

Los dos peces fueron devorados más que comidos. Al terminar, Hynan se recostó sobre la hierba.

—Sarah, a ti también te ocurrió el mismo fenómeno. Un huracán invisible, que sólo afectaba a tu ropa y equipo, ¿no es cierto?

—Sí, así sucedió —convino ella.

—Este planeta tiene algo de misterioso. Hubo una ocasión en que, incluso, me pareció un ser vivo. Pero no fue más que una ilusión, claro.

—Algo tiene, desde luego. Hay muchas cosas que no se comprenden, Ovid. Yo estaba en el desierto y, de pronto, me encontré rodeada por las aguas. ¿Qué ha sucedido? ¿Hay alguna forma de explicar ese enigma?

—No —respondió Hynan—. Y quizá no encontremos jamás una explicación medianamente aceptable. Por tanto, debemos acomodarnos a la situación de la mejor manera posible. Ya he obtenido fuego y sé cómo conseguirlo; hay fruta y no es dañina, y los peces se dejan capturar con cierta facilidad. Lo único que es de lamentar es la falta de ropas.

—No vemos animales de pelo, para cazarlos y obtener así sus pieles —dijo Sarah—. Por fortuna, el ambiente o, por lo menos, el tiempo es benigno; de otro modo, lo íbamos a pasar bastante mal.

—Es un problema que acabaremos por solucionar. Lo peor, sin embargo, es caminar descalzo. Las plantas de los pies se encallecerán, sin duda alguna, pero mientras tanto, padeceremos bastante.

—De todos modos, pienso que no debemos desanimarnos. A fin de cuentas, hemos salvado la vida y eso es lo que importa.

—Hemos salvado la vida —murmuró él—. Me pregunto qué es lo que nos sucedió... ¿También a ti te pasó lo mismo que a mí, Sarah?

Ella ya conocía la historia de la llegada del joven a aquel misterioso planeta y asintió.

—Algo muy parecido, supongo, aunque en diferentes circunstancias. Yo era propietaria de una nave comercial y la tripulación se amotinó. Llevaba un cargamento especialmente valioso y. decidieron quedárselo, pero un resto de conciencia les impidió matarme y decidieron abandonarme en este planeta, que se hallaba relativamente próximo a nuestra órbita de viaje. Me colocaron en un bote salvavidas y lo hicieron despegar del costado de la nave. Apenas nos habíamos separado un millar de metros, la nave empezó a caer... La vi arder como una pavesa en la atmósfera... Luego tuve que abandonar también el bote y salvarme en la burbuja... Tres días más


tarde, te encontré a ti...

—Así pues, murieron todos.

—No pudo salvarse ni uno solo, Ovid.

—Se habían acercado demasiado, supongo.

Hubo un momento de silencio entre los dos. De pronto, Sarah se percató de que el joven tenía la vista fija en un punto determinado.

Miró hacia allí y vio una piedra de buen tamaño con vetas doradas, entre la hierba. Luego observó que Hynan tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa, Ovid? Hynan meneó la cabeza.

—Juraría que esa piedra no estaba antes ahí —contestó.

—Pues no ha caído del cielo, que yo sepa —sonrió la joven.

—No, pero...

Hynan se calló bruscamente. Sarah se sintió muy intrigada por el repentino silencio de su compañero de naufragio. Al cabo de unos segundos, Hynan se puso en pie.

—Estoy viendo algo que brilla a unos cien pasos... entre la espesura... Voy a ver de qué se trata, Sarah.

Ella se incorporó también rápidamente.

—Aguarda, iré contigo —dijo—. Tal vez sea otra piedra como la que hemos visto —añadió.

Hynan hizo un gesto negativo.

—Es brillo de metal —manifestó, sin dejar de caminar.

Sarah se había emparejado con él. Momentos más tarde, lanzó un grito de espanto al contemplar un macabro espectáculo.

—;Dios mío, qué horror! —exclamó, sin poder contenerse.

CAPITULO III

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en aquel lugar. Hynan y Sarah tenían los ojos morbosamente fijos en los restos de aquellas dos personas, todavía con los trajes espaciales puestos, aunque con las escafandras quitadas y situadas a un lado sobre la hierba.

La diferencia de estaturas, aunque no muy grande, era, sin embargo claramente perceptible. No aparecían en ellos señales de violencia, pero sí era fácil apreciar la gran cantidad de tiempo transcurrido desde su muerte que, además, juzgó Hynan, debió de haberse producido simultáneamente.

Apenas si quedaban unos jirones de carne momificada sobre los esqueletos respectivos. Uno de los cadáveres pertenecía a una mujer, se veía claramente, por los cabellos adheridos aún al cráneo, que se agitaban a veces ligeramente, movidos por una tenue brisa. Los restos del otro cadáver pertenecían a un hombre.

—Pobres desgraciados —murmuró Sarah, conmovida—. ¿Qué trágico destino les llevó a morir en este misterioso planeta?

—No lo sé —dijo él—. Y es probable que no lo sepamos nunca, pero de este encuentro sí vamos a obtener provecho, Sarah.

—¿Cómo?

—Ya tenemos ropas para cubrirnos. Ella hizo un gesto de repugnancia.

—Las ropas de unos muertos...

—No los matarías para vestirte si estuvieran vivos, ¿verdad?

Repuesto de la sorpresa, Hynan se inclinó sobre el primero de los cadáveres y empezó a despojarle del traje espacial. Al cabo de unos momentos, Sarah se dijo que debía ayudar al joven y dejar de lado sus aprensiones.

—Tal vez... murieran de alguna enfermedad desconocida... —dijo, sin embargo.

—No tenemos forma de saberlo y si los gérmenes de esa enfermedad estaban aún en estado latente, ya no podemos salvarnos —contestó Hynan—. Hemos de correr el riesgo, Sarah; no tenemos otra solución.

Ella hizo un gesto de aquiescencia. Momentos después, el primer cadáver había sido despojado por completo de toda su indumentaria En el bolsillo posterior de los pantalones, Hynan encontró documentos a nombre de Henry Peter Hackerson, capitán y propietario de la astronave *Lyra*.

Había una pitillera, con una fotografía. en la que se veía a una pareja, hombre y mujer. El aparentaba unos cuarenta años y ella cinco o seis menos. Ella había sido bastante guapa y los dos sonreían a la cámara, completamente dichosos.

Cuando terminó con el primer cadáver, repitió la operación con el otro. Sarah había superado ya sus temores y le ayudó con eficacia.

—Podemos hacer una cosa —dijo él—. Llevaremos las ropas al río y las lavaremos, aunque sea sólo con agua. Tenemos tiempo de sobra para dejarlas secar, antes de vestirnos.

—Está bien, no es mala idea —aprobó Sarah—. Yo me encargaré de... la lavandería Pero, ¿qué

haremos con los restos de estos desgraciados?

—Hay elementos de metal en los trajes de vacío. Cavaré una fosa.

—Será una tarea muy larga.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Sarah sonrió.

—Vendré para ayudarte en cuanto haya puesto la ropa a tender sobre la hierba —dijo.

Al día siguiente, Hynan clavó una cruz hecha con dos ramas, sobre la cabecera de la fosa donde yacían los restos del capitán Hackerson y su esposa. Ninguno de los dos alcanzaba a imaginarse la forma en que habían muerto, pero era un detalle que tampoco les preocupaba demasiado, porque no sabían si alguien podría explicárselo algún día.

«O tal vez no lleguemos a tiempo de recibir esa explicación», pensó Hynan, momentáneamente desanimado.

Sin embargo, se rehizo muy pronto. Murmuró una oración y luego se volvió hacia la joven.

—¿Vamos, Sarah?

Ella hizo un gesto afirmativo. Ahora, además de ropa y calzado, disponían de algunos útiles, hallados en el escaso equipo que llevaban los Hackerson en el momento de su muerte, un cuchillo y un encendedor perpetuo, entre otras cosas. Ya no estaban tan desamparados como al principio, pensó ella.

—En busca de la ciudad que, seguramente, debe haber en las inmediaciones del río, aunque no sepamos la distancia exacta —dijo.

—Sí —repondió Hynan escuetamente.

***

Durante el camino, encontraron algunas de aquellas piedras, curiosamente veteadas de amarillo. Las piedras eran de diversos tamaños, aunque la mayor no sobrepasaba nunca el de la cabeza de un hombre. En cierta ocasión, vieron surgir una del suelo, como si una fuerza misteriosa la empujase desde las profundidades de la tierra a la superficie.

Fascinados, contemplaron el extraño fenómeno, que se produjo en menos de dos minutos. Ninguno de los dos comprendía lo que ocurría y, aunque hicieron algunos comentarios al respecto, decidieron que no valía la pena tener quebraderos de cabeza por algo cuya explicación resultaba fuera de su alcance, al menos por el momento.

Durante varios días, caminaron a lo largo de la orilla, sin ver la menor señal de presencia humana. La fruta abundaba, aunque no vieron animales de cierto tamaño, excepto insectos, moscas y mariposas. En cambio, había abundancia de peces en el río y ello les permitió alimentarse sin escaseces perniciosas.

La selva continuaba poco menos que interminable a ambos lados del río Cuando llevaban ya varias jornadas de marcha, Hynan, de repente, se detuvo y miró a la joven.

—Sarah, creo que me estoy portando como un tonto —dijo.

Ella respingó.

—¿Por qué? No has hecho nada absurdo...

—Por eso mismo —sonrió él—. El Amazonas, el Volga, el Missisippi, el Ganges... son ríos

terrestres que tienen miles de kilómetros de longitud. Imagínate que éste es uno de los ríos terrestres que acabo de citar. ¿Qué harías para viajar a lo largo de él, con más comodidad?

—No sé... Pero una embarcación, nos ahorraría mucha fatiga...

Hynan movió la mano en amplio ademán.

—Hay millones de árboles. La madera flota —dijo.

—Una balsa —adivinó ella.

—No tenemos prisa, ¿verdad? —¿Ligaduras?

—Hay plantas semejantes a lianas, Sarah.

—Será largo y costoso. ¿Merecerá la pena, Ovid?

—¿Por qué no empezamos ahora mismo? Sólo tenemos un cuchillo, pero, recuerda, cuando llegamos a este planeta, no contábamos más que con nuestras manos.

De nuevo se produjo a poca distancia la aparición de una piedra, ahora delgada y de bordes afilados. Hynan se inclinó y, con la ayuda del cuchillo, la sacó del suelo, mostrándola en alto.

—Sarah, no sé, ni me importa, por qué, ni de dónde ni cómo vienen estas piedras, pero, al menos la que tengo en las manos, se va a convertir en una herramienta inapreciable. ¿Adivinas lo que voy a hacer con la piedra que estás viendo? La joven sonrió.

—Tiene todo el aspecto de un hacha, sin mango, naturalmente.

—Siempre es más útil un hacha sin mango que un mango sin hacha —rió él—. Cortaré algunas lianas, una rama larga y recta y...

Dos horas más tarde, asestaba el primer golpe de hacha a un árbol de tronco largo y recto, cuyo grosor no bajaba del metro y medio. Hynan se dio cuenta de que la madera, aunque consistente, era relativamente blanda.

—Creo que vamos a tener algo mejor que una balsa —dijo.

***

Dos semanas más tarde, la embarcación flotaba sobre las aguas. A fin de mejorar su equilibrio, Hynan le había añadido un balancín lateral. Habla construido también una espadilla como timón, y un par de remos. Durante todo aquel tiempo, habían trabajado incansablemente, sin concederse apenas un momento de respiro.

«Ahora —pensó él— ha llegado el momento de reanudar el viaje hacia lo desconocido.»

La embarcación flotaba ya sobre las aguas. Una vez lista, Hynan decidió que no debían perder más tiempo.

—¡En marcha, Sarah!

En el momento en que se disponían a soltar las amarras, se oyó un extraño sonido.

Hynan y Sarah, se miraron alarmados.

—No es posible —dijo ella.

Mientras Hynan trabajaba en el vaciado del tronco, Sarah había trenzado algunas cuerdas con fibras vegetales. Había decidido conservarlas, pero ahora no podían perder tiempo en soltar los nudos.

El sonido se repitió.

—¿Leones aquí? —murmuró Hynan.

De un tajo, cortó la amarra. En el mismo momento, un enorme animal apareció en el claro donde habían acampado durante todos aquellos días.

Ambos creyeron ser víctimas de una pesadilla. Parecía un león terrestre, pero tenía el doble de su tamaño y, además, disponía de dos colas terminadas en unos aguijones aflechados, de bordes cortantes, capaces de inferir espantosas heridas. Cada pata, de las cuatro, se bifurcaba en otras dos, provistas de garras como pequeños cuchillos. La piel era moteada, en tonos amarillos, rojizos y marrón muy oscuro, y la boca, de la que brotaban continuamente unos rugidos pavorosos, estaba provista de unos colmillos de más de quince centímetros de largo.

Aquel horrible monstruo pesaba al menos una tonelada, calculó Hynan. Pero no podían entretenerse en su contemplación.

—¡Rema, rema! —gritó.

La embarcación se separó rápidamente de la orilla. La fiera atacó.

Saltaba silenciosamente, pero cada salto no media menos de diez o doce metros. Al monstruo no pareció importarle el hecho de que sus presas se hallaran ya fuera de la tierra firme y, al llegar a la orilla, tomó impulso para el último salto.

Hynan levantó su remo, para rechazar el ataque inevitable. Un palo largo y recto, terminado en una superficie plana, no era gran cosa para defenderse de la bestia, pero tampoco podía quedarse con las manos quietas.

El monstruo, sin embargo, había calculado mal y cayó al agua, a dos o tres metros de la embarcación, levantando una enorme masa de espumas, que empapó a los dos jóvenes. Hynan se puso en pie, dispuesto a golpear la cabeza de la fiera con el remo, pero entonces ocurrió algo horrible.

Las aguas burbujearon ruidosamente, como si hirvieran debido a la acción de una potente fuente de calor. El monstruo emergió un momento, agitándose frenéticamente, al parecer preso de dolores insufribles.

Hynan y Sarah se sentían atónitos, sin comprender lo que sucedía. Pero, de súbito, vieron que las espumas se teñían de rojo.

La bestia emitía unos espantosos rugidos que, en ocasiones, parecían casi humanos. Mientras se agitaba convulsivamente, Hynan creyó ver unos diminutos animalillos que cubrían por completo a la fiera, como peces muy pequeños, ninguno de los cuales medía más de dos centímetros de largo. Pero aquellos peces eran también fieras y su número resultaba incontable. Hynan recordó leyendas de hormigas carnívoras, que devoraban bueyes en pocos minutos. El monstruo estaba ahora siendo atacado por una colosal bandada de aquellos peces, contra los cuales no existía defensa posible. La fiera nadó hacia la orilla y hasta consiguió salir a tierra firme, pero estaba envuelta literalmente en peces que no dejaban de morder un solo instante. Al cabo de unos momentos, se dejó caer a¡ suelo, sin fuerzas ya para resistirse a lo inevitable.

Fascinados por lo que sucedía, ninguno de los dos se dio cuenta de que estaban acercándose al centro de la corriente. Al cabo de unos momentos, Hynan reparó en el detalle y agitó una mano.

—Sigamos, Sarah.

Empezaron a remar rítmicamente. Un cuarto de hora más tarde, Hynan se percató de que no era necesario que se esforzasen en aquel trabajo.

La corriente había aumentado su velocidad, a la vez que el río parecía haberse estrechado. La bóveda de verdor se cerraba ahora sobre sus cabezas y les pareció que se movían en el interior de un túnel vegetal.

De pronto, Hynan percibió un distante sonido.

Era un ruido inconfundible, persistente, sin altibajos. Hynan adivinó en el acto su origen.

—¡A la orilla, Sarah, a la orilla! —gritó, a la vez que empuñaba el remo nuevamente.

Ella había oído también el ruido y remó afanosamente, pero muy pronto se dieron cuenta los dos de que sus esfuerzos iban a resultar inútiles. La embarcación resultaba demasiado pesada para dos remos solamente.

La orilla desfilaba ahora ante ellos con singular velocidad. Hynan se dijo que no tenían más que una solución para salvarse de aquel nuevo peligro.

El río hacia un ligero recodo en aquel lugar. Hynan se puso en pie, avanzó unos pasos y, agarrando a Sarah por la cintura, saltó al agua.

Ella no tuvo tiempo de protestar. Hynan nadó con todas sus fuerzas, oblicuamente, mientras la canoa era arrastrada por una corriente de creciente velocidad.

Minutos más tarde, conseguía agarrarse a unas hierbas de la orilla. Luego salieron fuera del agua, extenuados y sin fuerzas, pero satisfechos de haber salvado la vida.

Aquel tramo de río terminaba en una catarata, de ello no cabía duda alguna. Más tarde, cuando se sintieron animados para continuar el camino a pie, pudieron comprobarlo visualmente, pero también pudieron ver algo que les hizo sentirse terriblemente desmoralizados.

CAPITULO IV

En pie, junto a la llorosa joven, Hynan, silencioso y ceñudo, contemplaba el extraordinario espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

El río salía de la selva, todavía con una anchura superior a los doscientos metros, corriendo vertiginosamente hacia la gigantesca sima en la que se precipitaba, sin que ni una sola gota de agua cayera al exterior. Era como si el planeta padeciera una sed inextinguible y hubiese abierto una colosal bocaza, por la que engullía absolutamente todo el líquido que llegaba hasta allí.

La profundidad de la sima parecía incalculable. Todavía aturdido por el singular espectáculo, Hynan se preguntó por qué misteriosos cauces subterráneos correría el río que había sido su salvación durante los días precedentes.

—Y lo peor de todo es que tendremos que volver a él —murmuró.

Más allá de la sima, se extendía el desierto, una llanura infinita, árida, abrasada por los rayos del sol que brillaba implacablemente en las alturas. Este desierto, apareció bien pronto, era muy distinto del primero que habían conocido.

Era una planicie casi absoluta, lisa como una mesa de billar, de color ocre claro, con algunas zonas rojizas y amarillas. Más allá de la sima donde desaparecía el río, sólo había desolación.

Pensó que tendrían que volver al río. Probablemente, se encontrarían con más fieras; deberían moverse con precaución, al pescar o al bañarse, para no ser atacados por los peces carnívoros... No, no iba a ser precisamente una existencia fácil la suya, a pesar de que les hubiera parecido lo contrario en los primeros momentos.

De pronto, vio algo que le hizo sentir una gran extrañeza. Olvidado por un momento de sus preocupaciones, avanzó a lo largo de la zona árida, dejando a un lado el borde lateral de la sima. Adentrándose en el desierto, contempló la piedra de vetas amarillas que había brotado del suelo casi repentinamente.

Bajo sus pies, creyó percibir una levísima vibración. Tal vez era debido al choque del agua contra el fondo de la sima, que se transmitía por ondas propagadas a través de la masa sólida.

Sin embargo, no era la primera vez que notaba una sensación semejante, aunque en la selva quedaba notablemente amortiguada por la vegetación. Intrigado, pero también sabiéndose incapaz de resolver el enigma, se dispuso a dar media vuelta y regresar junto a Sarah.

En el mismo instante, una piedra brotó del suelo y subió a diez o doce metros de altura, disparada por una fuerza invisible y absolutamente incomprensible.

Hynan vio el hueco que se producía en el suelo, como si el pedrusco, en su violenta salida, hubiera perforado una epidermis. El hueco, sin embargo, se cerró instantes después, con gran rapidez.

Dos piedras más surgieron de las inmediaciones de aquel lugar. Luego, casi de repente, empezaron a brotar piedras, que llegaban a diez y hasta quince metros de altura.

Era una lluvia de piedras en sentido inverso, pese a que acababan cayendo al suelo nuevamente. Pero todas tenían una característica en común, a pesar de que sus formas eran

diferentes en cada caso.

Todas las piedras tenían vetas de aquel metal amarillo, tan parecido al oro, pero que no lo era. De todas maneras, Hynan juzgó prudente emprender la retirada, porque las piedras salían cada vez en número mayor y su integridad física empezaba a correr peligro.

El fenómeno, sin embargo, empezó a disminuir en intensidad. Hynan se dijo que ya había visto bastante y emprendió el camino de vuelta.

Unos minutos más tarde, se detuvo en seco. Dudó en sus sentidos.

Después de todo lo que había contemplado, ya no estaba seguro de que lo que veía fuese realidad.

Sarah estaba hablando con un hombre, en pie y parecía bastante más animada. Al ver a Hynan, gritó:

—¡Ovid, ven, pronto; tengo buenas noticias!

***

—Estamos salvados —dijo la joven, cuando Hynan hubo llegado a su altura—. El señor. Barham dice que hay una ciudad habitada a dos jornadas de viaje a pie.

Hynan contempló al sujeto durante unos instantes. Era un hombre de unos cincuenta años, todavía fuerte y vigoroso, no obstante, con barba entrecana, corta y áspera. Los ojos eran muy azules, casi incoloros, y vestía ropas practicas, holgadas y de tela resistente. Pendiente de su cinturón llevaba una pistola solar.

—Señor Barham, le presento a Ovid Hynan, otro náufrago en Zphanax, como yo —añadió Sarah—. Ovid éste es Tom Barham.

—¿Qué tal amigo? —saludó el sujeto cortésmente—. Pueden llamarme Tom los dos; detesto los formulismos.

—Celebro conocerle, señor Barham —dijo Hynan—. Pero, si no es indiscreción, ¿de dónde ha salido usted?

—Oh, ya hace años que vivo en Zphanax. Mi nave sufrió una avería y cayó aquí, quedando completamente inutilizada, aunque, por fortuna, pude salvar parte de su equipo. Durante un tiempo, hice una vida de auténtico náufrago, pero luego encontré una ciudad con habitantes y decidí quedarme allí.

—Ahora no está en la ciudad...

—De cuando en cuando, salgo para hacer una excursión. No me gusta vivir constantemente entre cuatro paredes.

—Ya —murmuró el joven—. Tom, supongo que los habitantes de esa ciudad tendrán medios de existencia... quiero decir que trabajaran en algo y conseguirán alimentos y;ropas...

—Eso es algo que no debe preocuparle amigo Ovid —rió Barham—. Si ustedes me acompañan, yo les llevaré a la ciudad y allí podrán estudiar el futuro de los dos.

—Un futuro que se desarrollará indefectiblemente en el planeta, porque, supongo, no hay medio de salir de aquí.

—Desgraciadamente, el que llega a Zphanax se queda aquí para siempre. Vivo... o muerto —contestó Barham.

—¿Son más los supervivientes que los muertos, Tom? —preguntó Sarah.

—Por supuesto, de otro modo, no podríamos hablar de una ciudad, sino, a lo sumo, de un campamento. Pero ya sabrán más detalles cuando lleguemos a Shiwalia.

—Shiwalia, supongo, es el nombre de esa ciudad —dijo Hynan—. ¿Hay otras poblaciones más en Zphanax?

—No. Shiwalia es el único centro habitado, y no tiene tantos moradores como puede parecer... Yo diría que el número total no rebasa los doscientos. A fin de cuentas, la población de Shiwalia está construida por náufragos, algunos de los cuales llevan ya viviendo aquí más de cincuenta años. Pero, insisto, tendrán más detalles, cuando estemos en la ciudad.

—Eso espero, Tom. Oiga, he observado un extraño fenómeno... Nacen piedras del suelo, algunas de las cuales son expulsadas con violencia a gran altura. ¿Qué sabe usted sobre el particular?

—Muy poca cosa, salvo que esas piedras contienen un metal muy valioso, parecido al oro, pero menos denso y tan duro como el mejor acero terrestre. Ese metal sale prácticamente en estado puro, y, aunque cuesta un poco, he conseguido la forma de separarlo de su ganga. Estoy reuniendo la' cantidad suficiente para reponer algunas piezas de la nave que se me estropearon irremisiblemente en el aterrizaje. Cuando llegue el momento, podremos despegar y regresaremos a la Tierra.

Sarah se sintió muy satisfecha de las palabras de Barham,y, palmoteó alegremente.

—Es la cosa más maravillosa que nos podría suceder' —exclamó.

—Sólo es cuestión de un poco de paciencia —sonrió Barham.

—A mí también me parece estupendo, pero sin embargo, tengo que hacerle una objeción, Tom —manifestó el joven.

—Hable, hable sin reparos, Ovid —dijo el hombre.

—Parece ser que hay una fuerza misteriosa que anula la energía de la nave, inutilizando todos los instrumentos de a bordo, y haciéndola llegar a gran velocidad, de modo que no puede frenar a su tiempo y arde en la atmósfera como una pavesa. ¿Ha encontrado usted el medio de solucionar ese problema?

Barham le guiñó un ojo.

—Ese es mi secreto, amiguito. No sólo pude eliminar el riesgo a mi llegada, aunque debo confesar que no pude vencer esa misteriosa atracción por completo, sino que conozco el procedimiento para evitar sus efectos negativos y salir de aquí sin mayores problemas.

—No cabe duda, es usted un tipo de una pieza —dijo Hynan.

Una piedra de vetas amarillentas empezó a brotar lentamente del suelo, mientras ellos caminaban ya en dirección a Shiwalia. La piedra era grande, casi como la cabeza de un hombre, de la que tenía un perfil vagamente parecido y, además, relativamente estrecha, como una placa con dicho perfil. Hynan, acostumbrado ya a tan extraño fenómeno, no le prestó la menor atención y continuó andando.

***

Barham llevaba provisiones en su mochila y cenaron sobriamente al llegar la noche. El sujeto

declaró que alcanzarían Shiwalia hacia el mediodía siguiente.

—Pueden descansar tranquilamente —dijo—. Ustedes están mucho más fatigados que yo y velaré su sueño.

—Pero usted necesita dormir... —adujo Hynan.

—No se preocupen por mi —sonrió Barham—. Estoy acostumbrado y, además, cuando les encontré a ustedes, había dormido una buena siesta. Descansen y no se preocupen de más. Ahora iré a darme una vuelta por los alrededores, para cerciorarme de que no hay peligro. No teman; yo me ocuparé de que no les suceda nada.

Barham salió del círculo de luz de la hoguera encendida al llegar la noche. Sarah miró al joven y sonrió.

—Un hombre excelente, ¿no te parece, Ovid?

Hynan guardó silencio. Ella se sintió intrigada por su actitud.

—¿Qué te sucede? —preguntó—. ¿Temes algo en particular?

Hynan se frotó la mandíbula.

—No sé... Quisiera no mostrarme receloso, pero me es imposible...

—¿Acaso sospechas de él? Oh, Ovid, ¿cómo puedes pensar una cosa así? Es un sujeto excelente, nos guía hacia una ciudad habitada, Donde viviremos sin problemas... ¿Qué es lo que te hace ser tan desconfiado?

—Sarah, tu nave y la mía ardieron en la atmósfera. ¿Cómo es que la de Barham pudo aterrizar?

—Llegó con graves averías...

—Pero llegó, y las nuestras quedaron destruidas en el espacio.

—Quizá sabía lo que sucedía en la vecindad de Zphanax y se preparó para evitarlo en la medida de lo posible.

—Sarah, si yo hubiera sabido lo que ocurría en las inmediaciones de Zphanax, habría pasado a cien millones de kilómetros de este planeta.

—Entonces... piensas que nos conduce a una trampa...

—No lo sé, no estoy seguro de nada —contestó el joven—. Sólo puedo decirte que hay cosas de Tom que no me gustan en absoluto. No puedo definir con exactitud lo que siento. Es una especie de instinto, ¿comprendes? A lo mejor, resulta luego que estoy equivocado y nada me gustaría más que reconocer mi error.

—Muy bien —dijo Sarah—. Supongamos que Barham trama algo contra nosotros. En tal caso,¿qué pretende? ¿Qué beneficios puede obtener de nuestra captura?

—No lo sé —repitió él, un tanto irritado—. Insisto, puede que esté equivocado, pero tengo el presentimiento de que, por las razones que sean, Tom no juega limpio. Si nos ayuda, no es precisamente por altruismo. Tiene otros planes y nosotros los desconocemos, ¿comprendes?

—Ovid, me estás llenando de aprensiones —confesó la joven.

—Lo siento. No era ésa mi intención, pero creo que debías saber lo que pienso. Además si ese metal está por todas partes, ¿para qué alejarse tanto de Shiwalia? Y, ¿por qué no viaja acompañado de alguno de los náufragos a quienes les interesa tanto como a él volver a la Tierra? Deberían ayudarle a recolectar esas piedras, ¿no crees?

Sarah meneó la cabeza.

—Estás haciendo una montaña de un granito de arena —sonrió—. Ovid, lo mejor será que procuremos dormir. Mañana será otro día y habrán desaparecido tus temores.

—Ojalá sea como dices —suspiró él.

Hynan consiguió dormirse muy pronto, pese a su estado de ánimo, pero se despertó pasada la medianoche y se sintió momentáneamente desvelado. La hoguera ardía alegremente y comprendió que Barham había renovado la provisión de leña.

De pronto, vio al sujetó, parado a unos treinta metros, completamente inmóvil, rígido, erguido, aunque con los brazos algo separados del cuerpo.

Barham estaba situado casi frente a él de modo que podía verle el rostro, en el que brillaban dos pupilas intensamente rojas, como brasas. Tenia la boca entreabierta y murmuraba con voz apenas audible frases absolutamente ininteligibles.

Hynan reparó en otro detalle, algo horrible, que le hizo estremecerse de pies a cabeza. Barham parecía haberse convertido en un ser sin osamenta, sólo con la carne, y ello sin perder un ápice de su figura humana. Todo su cuerpo, de los pies a la cabeza, era recorrido por ondulaciones que se sucedían rítmicamente, como las ondas producidas por una piedra al caer en una quieta superficie líquida. Las piernas, el tronco, los brazos y hasta la cabeza, eran recorridas por aquellas ondas que resultaban claramente perceptibles a simple vista. Los brazos, sobre todo, parecían serpientes que ondulaban incesantemente, como dotados de vida absolutamente independiente del resto del cuerpo.

Las agitaciones de Barham cesaron bruscamente. Hynan apreció que el sujeto parecía salir del trance en que había caido. Entonces, ocurrió algo que le puso los pelos de punta.

Barham levantó el pie izquierdo, para despegarlo de la tierra. Hynan vio que el pie tenía unas largas prolongaciones del color de la carne, como raíces que se hubieran hundido a gran profundidad en la tierra. Pero aquellas raíces empezaron a contraerse y disminuir de tamaño y, en menos de un minuto, el pie recobró su apariencia normal.

Luego, Barham repitió la misma operación con el pie derecho. Al cabo de unos momentos, exhaló un profundo suspiro y luego, sin más preámbulos, se tendió en el suelo y, enroscándose sobre si mismo, se quedó profundamente dormido.

CAPITULO V

Hynan había perdido el sueño por completo. Lo que había visto, le indujo a tomar una decisión.

Esperó largo rato, un espacio de tiempo que no supo calcular, pero que estimó suficiente para poner en práctica su plan. Barham parecía sumido en un profundísimo sueño, sin duda fruto del desgaste sufrido durante aquella incomprensible operación, y el joven pensó que no le despertarían si intentaban escapar.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, se acercó a Sarah y la tocó en el hombro con una mano, a la vez que le tapaba la boca con la otra, para evitar que emitiera un grito de susto.

Ella abrió los ojos y le miró con expresión de susto.

—Levántate —susurró a su oído—. No hagas el menor ruido.

Ella hizo un parpadeo de aquiescencia y Hynan retiró sus manos.

—¿Qué sucede, Ovid? —preguntó Sarah en el mismo tono.

—No hay tiempo para explicaciones; ya te contaré todo más tarde. Anda, vamos, no perdamos tiempo.

La joven se levantó inmediatamente. Hynan cogió su mano y tiró suavemente de ella. De puntillas, aunque pisaba sobre la hierba, caminaron para alejarse de aquel lugar.

Sarah no pudo por menos de lanzar una mirada a Barham, quien continuaba durmiendo, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. La postura del sujeto, completamente encogida sobre sí mismo, le hizo sentirse presa de vivas aprensiones.

Minutos más tarde, Hynan creyó sentirse a salvo y respiró profundamente.

—Anoche te dije que Tom no me gustaba en absoluto. Hoy he tenido la prueba, aunque no comprendo su actitud en absoluto —dijo, tras un largo espacio de silencio.

—¿Qué ha hecho, Ovid?

El joven se lo explicó con todo detalle. Sarah le miró sorprendida.

—¿Estás... seguro, Ovid?

—No me crees, ¿verdad? —dijo él, sonriendo amargamente—. Piensas que he tenido una pesadilla...

—No es eso, Ovid, pero quizás has visto algo que te ha parecido otra cosa de lo que era realmente —alegó Sarah.

—No, no ha sido una pesadilla ni tampoco una ilusión de mis sentidos. Te juro que lo vi todo con absoluta nitidez, completamente despierto y dueño de mis sentidos de una forma total. No hay el menor error ni fantasía en todo lo que te he contado.

—Está bien. Supongamos que sea cierto. En tal caso, ¿qué pretende Tom?

—¿Quieres una respuesta sincera?

—Te lo agradeceré, Ovid.

—No lo sé, ni me importa. Lo único que quiero es alejarme de él lo más posible y no verle más en los días de mi vida.

—Pero, Ovid, si continuamos a su lado, aunque haga cosas raras, podremos salir de Zphanax —exclamó la joven.

Hynan se detuvo repentinamente.

—Sarah, voy a devolverte al campamento —dijo—. Quédate con Barham, puesto que cofias en él. Pero yo me marcho; no quiero continuar a su lado un minuto más de lo absolutamente necesario.

Sarah se sintió muy impresionada por aquellas palabras.

—No me dejes sola con ese hombre —rogó—. Aunque pienso que estás equivocado, de todos modos, prefiero estar contigo.

—Ah, tampoco te gusta Barham, ¿eh? —dijo Hynan, sarcástico.

—Yo lo decía porque él nos ha prometido devolvernos a la Tierra...

—Yo no estoy tan seguro de que lo cumpla. ¿Por qué él salvó su nave, aunque con desperfectos, y todos los demás, incluidos nosotros y hasta unos doscientos, que son los habitantes de Shiwalia, no lo conseguimos?

—Eso es algo que sólo Tom podría explicarnos, Ovid —alegó Sarah.

—Gracias, pero renuncio a sus explicaciones. Cuanto más lejos de él estemos, más tranquilos nos sentiremos, no te quepa la menor duda.

—Es un hombre muy extraño, ¿no te parece?

—¿Un hombre? —repitió Hynan—. ¡Barham no es un ser humano! —exclamó dramáticamente.

***

Había amanecido ya y, después de varias horas de caminar sin interrupción, Hynan decidió que debían tomarse un descanso. Sarah se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol. Cerró los ojos y pareció quedarse dormida.

A pesar de la fatiga, Hynan no sentía sueño en absoluto. En Zphanax ocurrían cosas incomprensibles y se dijo que tal vez Sarah tenía razón, al calificarlo de planeta maldito. Se preguntó si algún día podrían abandonar Zphanax y, casi de repente, se le ocurrió que podía emprender la búsqueda de la nave de Barham, para examinarla y ver qué se podía hacer para ponerla de nuevo en funcionamiento.

—A menos que nos haya engañado también en eso —murmuró.

Lo cual no le hubiera extrañado en absoluto, pero valía la pena intentar aquella posibilidad.

«No estaremos peor de lo que estamos», pensó.

Una hora más tarde, Sarah abrió los ojos y sonrió.

—Me he quedado dormida —dijo.

—Estás cansada. No tiene importancia.

La joven se puso en pie.

—Podemos continuar, Ovid.

—Sí, cuando quieras.

Durante un buen rato, caminaron en silencio. El río estaba cerca y procuraban no perderlo de vista, a fin de procurarse alimento cuando lo estimasen necesario. Mientras caminaban, Hynan

buscaba con la vista alguna piedra que le sirviese para construirse un venablo, ya que había perdido las armas tan penosamente fabricadas durante el naufragio.

De pronto, se acordó de la pistola solar de Barham.

—Maldita sea, pude habérsela quitado mientras dormía —masculló.

Con la pistola solar hubieran tenido de todo: un arma para defenderse, para procurarse comida, para encender fuego...

—Pronto estaremos en Shiwalia y saciarán el hambre.

—Eso esperamos, Tom —contestó Sarah maquinalmente. Hynan se detuvo en el acto, silencioso, rígido como un poste. Barham le dirigió una sonrisa.

—¿Por qué se para, Ovid? Shiwalia está ya muy cerca, menos de un kilómetro de distancia.

Sarah apenas respiraba. Estaba terriblemente pálida y miraba al sujeto con ojos llenos de horror.

Barham había aparecido misteriosamente, de forma súbita, como si gozase de la facultad de traslación instantánea. Sonreía sardónicamente y a Hynan le pareció que tenía la expresión de un demonio.

No obstante, procuró dominarse. Estaba seguro de que Barham poseía ciertas facultades que le hacían ser muy superior a ellos y no quería cometer una acción imprudente, que pudiera causarles, de rebote, serios daños. Era mejor esperar la ocasión propicia, dejando pasar el tiempo necesario, sobre todo, para aprender más cosas de Barham y derrotarle fácilmente, caso de que el sujeto intentase jugarles una mala pasada.

Sarah le miró ansiosamente. Hynan procuró tranquilizarla con un gesto disimulado.

—Me sorprendió verle tan inesperadamente, Tom —dijo al cabo—. Creí que se habría olvidado de nosotros...

Barham soltó una carcajada.

—Por favor... Sólo deseo ayudarles, créame. Ovid, usted es un chico inteligente y, sin duda, podrá ayudarme en la reparación de mi nave.

—Lo haré con mucho gusto —respondió Hynan.

—Entonces, no se hable más. Sigamos, la casa está ya a cuatro pasos de distancia, como quien dice.

Barham echó a andar resueltamente y los dos jóvenes le siguieron, íntimamente persuadidos de que no iban a poder librarse del individuo. Aunque la idea le desagradaba profundamente, Hynan reconoció que eran prisioneros del que había dicho no era un ser humano.

«Y si no es humano, ¿qué es?», se preguntó mentalmente. Un cuarto de hora más tarde, Barham llegó al lindero del bosque y tendió una mano:

—¡Ahí está Shiwalia! —exclamó alegremente.

***

La ciudad aparecía sobre una extensa llanura, con abundancia de vegetación, aunque no tan densa como en la selva en cuyo lindero se encontraban. Había muchos espacios verdes y árboles espaciados entre las casas, cuyo número calculó Hynan en unas cuarenta.

Todos los edificios eran de planta baja y de construcción más bien rústica, aunque evidente

solidez. La mayor parte del material empleado en la edificación era la madera, pero no faltaba la piedra y la mampostería en determinados puntos de la estructura.

Al otro lado de la ciudad, a unos tres kilómetros, se alzaba una larga hilera de colinas rocosas, cuya base terminaba en un larguísimo farallón, cortado a pico y de unos cincuenta o sesenta metros de altura por término medio. Era como una barrera que cerraba el horizonte por aquel lugar y, en la base del muro pétreo, Hynan creyó ver ciertas construcciones, cuya utilidad no alcanzó a comprender por el momento.

Shiwalia se hallaba a unos doscientos cincuenta metros de distancia, espacio suficiente para captar gran número de detalles. Uno impresionó especialmente a Hynan: no se veía un alma por la única calle de la población, a pesar de que era una hora en la que debía captarse actividad humana.

—Parece una ciudad muerta, abandonada por sus moradores —observó.

Barham se echó a reír.

—Están trabajando. No se preocupe, Ovid; a la tarde conocerá usted a los más conspicuos. Ahora les enseñaré su alojamiento y...

—Una pregunta, Tom —intervino Sarah inesperadamente.

—Claro, mujer, lo que quiera —accedió el sujeto con gran cortesía.

—No veo ninguna corriente que circule próxima a la ciudad. ¿Cómo se las arreglan para el suministro de agua a las casas?

—Excavamos un pozo hace algunos años y encontramos una veta a poca profundidad. Yo transportaba una bomba en la nave y la pusimos a funcionar. Está movida por energía solar, con baterías para la noche, y es de funcionamiento automático, es decir, transporta el agua a las casas de acuerdo con las necesidades del momento.

—Han hecho una buena obra de fontanería —sonrió el joven.

—Trabajamos duro, pero lo conseguimos, Ovid. Sigamos, por favor.

Barham reanudó la marcha. Hynan se dispuso a caminar de nuevo, pero, en el mismo instante, tropezó con algo saliente en el suelo y perdió el equilibrio, aunque no llegó a caer.

Sarah lanzó un pequeño grito. Barham se volvió.

—No es nada —sonrió Hynan—. Simplemente, he tropezado con una piedra. De forma instintiva, bajó la mirada para contemplar el obstáculo que no había visto antes y, durante unos segundos, estudió la piedra que había surgido misteriosamente del suelo. La piedra tenía una forma singular. Hynan lo recordaba muy bien y sintió un helado soplo recorrerle la espina dorsal. Sarah le miró y vio que se había puesto muy pálido. Fue a decir algo, pero él hizo un gesto rápido, recomendándole silencio, y la joven se contuvo, a pesar de que se sentía dominada por una curiosidad invencible.

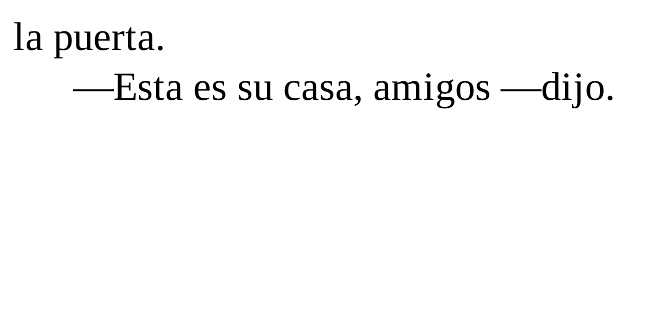
Continuaron andando. Momentos después, Barham se detenía ante la puerta de una casa, situada en las inmediaciones del centro de la ciudad.

—Pueden ocuparla sin temor. Ahora está vacía —dijo.

—Parece como si hubiese tenido inquilinos tiempo atrás —sonrió Hynan.

—Los Baxter vivían aquí, pero murieron hace un par de meses. Oh, no teman; no padecieron ninguna enfermedad contagiosa. Fueron atacados por un león octópodo y no pudieron salvarse.

—¿Vienen a la ciudad esas fieras? —se alarmó Sarah. Barham sonrió enigmáticamente y abrió



la puerta.

—Esta es su casa, amigos —dijo.

CAPITULO VI

Apenas se hubo cerrado la puerta, Sarah, sin entretenerse a contemplar el interior de la casa, se precipitó sobre el joven, con una terrible expresión de ansiedad en su rostro.

—Ovid! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué te pusiste tan pálido hace algunos minutos? ¿Qué es lo que has visto?

Hynan se pasó una mano por la frente. Antes de contestar, paseó la mirada por el interior de la estancia en la que se hallaban. Vio una botella con un liquido rojizo en su interior, y unas cuantas copas, sobre una rústica consola, y avanzó hacia el mueble. Llenó una copa y la mantuvo en alto durante unos instantes.

Sarah le contemplaba en silencio. Hynan sonrió irónicamente.

—¿Ves esta copa? —preguntó—. Está llena de vino, ¿no?

—Eso parece, Ovid, pero no entiendo adónde quieres ir a parar.

—¿Es vino lo que hay en la copa? ¿Tengo una copa en la mano? ¿Estamos siquiera en el interior de una casa de madera y piedra?

Ella le miró con horror. Hynan sonrió, al comprender sus pensamientos.

—No, no estoy loco —continuó—. Aunque yo diría que hay quien quiere volvernos locos, Sarah.

—¿Barham? —preguntó ella.

—¿Quién, si no? Escucha, ayer vi nacer una piedra de esas que brotan casi constantemente del suelo. Tenía una forma singular, me fijé mucho en ella, porque me llamó especialmente la atención, ya que era relativamente plana, del tamaño de la cabeza de una persona y con un perfil muy parecido al de un rostro humano. Pues bien, esa misma piedra es la que me hizo tropezar cuando nos disponíamos a salir del bosque.

Sarah tenía la boca abierta.

—Te habrás confundido... Quizá son dos piedras muy parecidas...

—No —contestó él rotundamente—. Es la misma piedra. Nunca, hasta hoy, habla visto dos iguales, ni en los contornos ni en el tamaño. Insisto, Sarah: es la misma piedra.

—Muy bien, Ovid Admitamos tus afirmaciones. ¿Qué quiere decir eso? ¿Tiene algún significado especial?

Antes de contestar, Hynan tomó un largo sorbo de vino. Luego sonrió.

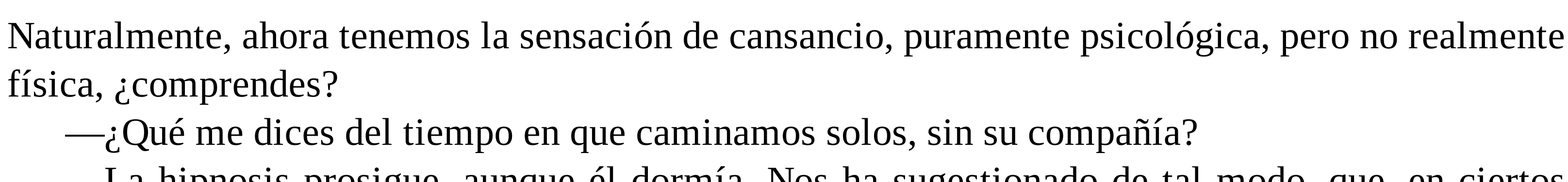
—Si se trata de una ilusión, tiene un sabor exquisito —dijo—. Sarah, lo que esa piedra significa es algo espantoso. Simplemente, estamos en el mismo sitio en que nos encontró Barham.

—¡Por Dios! —se enojó ella—. ¿Cómo puedes decir una cosa semejante? Perdona, pero eso que acabas de decir es una estupidez. Hemos estado caminando gran parte del día y de la noche de ayer, y también hoy...

—Creíamos caminar, pero estábamos en el mismo sitio, Sarah.

—Eso no puede ser. Yo tengo las piernas con agujetas...

—No, no, en absoluto. Barham nos ha hipnotizado, haciéndonos creer que caminábamos.


Naturalmente, ahora tenemos la sensación de cansancio, puramente psicológica, pero no realmente física, ¿comprendes?

—¿Qué me dices del tiempo en que caminamos solos, sin su compañía?

—La hipnosis prosigue, aunque él dormía. Nos ha sugestionado de tal modo, que, en ciertos aspectos, nos resulta imposible sustraernos a su voluntad. El no quería que nos escapásemos y, aunque nosotros creíamos haber conseguido la fuga, ha continuado reteniéndonos a su lado. Creemos que hemos caminado decenas de kilómetros, pero esa piedra demuestra todo lo contrario. estamos en el mismo sitio en que nos encontró ayer.

—No, no... —dijo ella, muy turbada—. Eso no puede ser... Vimos desaparecer el río en la sima...

—Creíamos que desaparecía, pero ¿existe realmente ese río?

—Hemos bebido sus aguas, Ovid.

—Quizá haya una corriente mucho más pequeña y pensamos que nos hallamos a la orilla de un gran río. Además, ¿es que no recuerdas lo que nos pasó a poco de llegar a Zphanax?

Sarah se sintió repentinamente preocupada.

—El río apareció y desapareció... Hubo momentos en que semejaba un océano... Yo creí ahogarme cuando me hallaba en aquella isleta...

—Y todo nuestro equipo personal, ropas, objetos metálicos, relojes, hebillas de cinturones... todo, absolutamente, desapareció y nos quedamos tan desnudos como el día en que nacimos. ¿Y qué me dices de la fuerza misteriosa que nos hizo caer en Zphanax?

—Estoy horrorizada, Ovid —confesó la joven—. Si lo que dices es cierto, entonces, Barham posee unas facultades increíblemente poderosas, capaz de hacernos ver lo que se le antoje, sin por ello desposeernos enteramente de nuestra voluntad. Pero, en tal caso, ¿de dónde obtiene esa fuerza? —Te dije que no me parecía un ser humano, ¿verdad? —Sí, Ovid.

—Quizá ni siquiera tiene figura humana, aunque se aparece ante nosotros como un hombre de aspecto agradable y hasta bonachón. Pero cuando nota que se le agota la potencia mental, emite raíces que hunde en la tierra a gran profundidad y extrae del interior de Zphanax esas fuerzas que le convierten en un ser casi omnipotente.

—¿El planeta... le da esas fuerzas? —preguntó Sarah, atónita.

—Sí —contestó él, con acento lleno de firmeza—. Porque, aunque lo pensé en un principio y luego rechacé la idea, estoy casi completamente persuadido de algo que resulta increíble. Pero, no obstante, para mí es una verdad absoluta. No la comprendemos, pero es irrefutable, Sarah.

—Y... ¿qué es lo que piensas, Ovid? —inquirió ella, casi temblando.

—¡Zphanax es un ser vivo!

***

Abrumada, negándose a creer lo que acababa de escuchar, pero, al mismo tiempo, presintiendo la certeza de las afirmaciones de Hynan, Sarah se dejó caer sobre un rústico taburete, sin fuerzas para tenerse en pie.

Durante unos momentos, sintió vértigo y la cabeza le dio vueltas. Hynan advirtió su palidez y se inclinó solícito sobre ella.

—¿Te encuentras mal? Espera un instante; te daré un poco vino...

El vino, apreció Sarah, era algo real.

—O hay algo que nos hace creer en su realidad, no siento más que una ilusión de nuestros sentidos —dijo, cuando se sintió un poco más confortada.

—Resulta difícil conocer los limites entre la realidad y la fantasía... la fantasía que alguien crea para nosotros —contestó él.

Sarah alzó la cabeza.

—Pero, si Zphanax es un ser vivo... ¿cómo puede existir en el espacio? ¿Te das cuenta de que es un ser del tamaño de la Tierra?

—He estado pensando mucho en ello —dijo el joven—. Sobre su tamaño, no hay duda alguna; tiene, más o menos, las dimensiones de la Tierra. Pero puede vivir perfectamente en el espacio, merced a misteriosos mecanismos físicos cuyos conocimientos quizá resulten excesivos para unos seres inferiores, como somos nosotros. El mismo se procura una atmósfera respirable, oxigeno, agua...

—Qué me dices de las plantas? Los árboles, las frutas... —si examinaras un trozo de epidermis tuya aumentado un millón de veces, también verías cosas asombrosas y verías árboles, seres vivos... Un diminuto grano de polvo te parecería una montaña. La más diminuta bacteria o el más ínfimo microbio, parecerían elefantes o ballenas... Si el diámetro de Zphanax mide unos doce mil kilómetros, es decir, unos doce millones de metros, entonces, yo que mido menos de dos... ¿No te sientes capaz de establecer la comparación?

Sarah hizo un gesto de asentimiento.

—Eres seis millones de veces más pequeño que el planeta, en longitud, claro está —dijo.

—Entonces, imagínate un trozo de tu piel, de un milímetro cuadrado, aumentado seis millones de veces.

—Seis millones de milímetros... seis mil metros de lado... Seis kilómetros cuadrados, Ovid.

—Exactamente. Imagínate las cosas que podrías ver, Sarah. Te horrorizarían, sin duda alguna.

—Bien, pero esto no son sino comparaciones... y lo que nos interesa ahora es la realidad de nuestra situación. ¿Qué hace Barham en Zphanax?

—Sarah, ¿«es» realmente Barham?

—Tú dijiste antes que no es un ser humano...

—Y no creo que lo sea, al menos, en el sentido que damos a la palabra, refiriéndonos a personas nacidas en la Tierra. Es más, creo que Barham es una corporeización parcial de Zphanax, un fragmento minúsculo del planeta, que se nos ha aparecido con figura humana, a fin de ayudarnos, en apariencia, pero, realmente, con fines que no somos capaces de imaginar.

Ella se estremeció.

—Ovid, ¿qué piensa hacer ese hombre con nosotros?

—No lo sé, pero hay un detalle que me preocupa profundamente.

—¿Sí?

—Dijo que había caído aquí con su nave y que sólo estaba aguardando reparar algunas averías, para despegar con todos los habitantes de Shiwalia. Pero ¿dónde está la nave?

Sarah abrió la boca.

—¡Es verdad! No hemos visto el menor rastro de ella... y una astronave, en esta llanura, debería verse desde gran distancia y no ha sido así.

Hynan hizo un gesto de asentimiento.

—La nave es sólo una invención de Barham —dijo firmemente.

—Ovid, ¿qué haremos? —preguntó ella, terriblemente deprimida—. ¿Vamos a convertimos en esclavos de ese hombre, que piensa utilizarnos Dios sabe con qué perversos fines? El joven miró a través de la ventana.

—Los habitantes de Shiwalia están trabajando, según Barham —respondió—. Esperemos su regreso para hablar con alguno de ellos y conocer mejor la situación, antes de actuar.

—Si no hay nave, no podremos salir nunca de Zphanax —dijo Sarah tristemente.

Hynan calló, para no aumentar todavía más la aflicción de la joven, porque sabía que Sarah acababa de expresar una espantosa verdad: habían llegado forzosamente a Zphanax y ya no podrían salir nunca más del planeta para regresar a la Tierra.

***

Barham no se dejó ver durante el resto del día. Al atardecer, Hynan y Sarah contemplaron la llegada de los habitantes de Shiwalia.

En su inmensa mayoría, eran jóvenes, más o menos como ellos, y sólo había una docena de personas de edad relativamente madura. Había, aproximadamente, igual número de personas de ambos sexos y el joven pudo darse cuenta de que todos ellos estaban emparejados.

—Un hombre, una mujer... ¿Para qué?

—Lógico, ¿no? —dijo ella.

—Eso parece, pero no se ve ningún niño, Sarah.

—Estarán en alguna casa, al cuidado de personas especializadas en tratamiento de infancia, maestros y educadores.

—No, no hay niños. No hemos visto ninguno durante el día. Tendrían que haber salido de su encierro para correr, jugar, saltar; habríamos oído sus voces, sus risas... Shiwalia no encierra ningún peligro para los chicos; no hay carruajes, no hay un tráfico intenso...

—Barham dijo que algunos llevan aquí cincuenta años. Tal vez algunos de esos jóvenes son los hijos que tuvieron tiempo atrás.

—Es posible, pero hay detalles que sólo conoceremos de una forma.

—¿Cómo, Ovid?

Hynan señaló una pareja que se disponía a entrar en la casa contigua. El tenía unos treinta y circo años y ella algunos menos, y eran de aspecto agradable.

—Vamos a hablar con nuestros vecinos —propuso.

CAPITULO VII

Tras la llamada a la puerta, ésta se abrió y el hombre apareció bajo el dintel.

—¿Sí?

—Hola —sonrió el joven—. Me llamo Hynan. Esta es Sarah Lattel. Hemos llegado hoy a Shiwalia y nos gustaría hablar un momento con ustedes, si no tienen inconveniente. El hombre sonrió.

—Ninguno —accedió—. Pasen, por favor. Yo soy Jim Foster. Les presento a mi esposa Elisa.

La señora Foster hizo una leve inclinación de cabeza.

—Encantada de conocerles —dijo.

Jim Foster cerró la puerta.

—Puedo ofrecerles un poco de vino... No tenemos aún la cena preparada —se excusó.

—Gracias, pero no queremos tomar nada —dijo Hynan—. Solamente desearíamos hacerles algunas preguntas.

—Somos forasteros —añadió Sarah sonriendo.

—Es natural —convino Foster—. Sin duda, quieren saber cómo llegamos aquí, nuestras costumbres y hábitos... ¿No es cierto?.

—Si son tan amables —contestó Hynan.

—Bien, no hay mucho que contar. Nuestra nave se averió y nos vimos obligados a descender en la superficie de Zphanax. Por fortuna, nos encontramos al cabo de unos días con el señor Barham... Supongo que ustedes ya lo conocen.

—Desde luego, pero no se interrumpa, se lo suplico —dijo el joven.

—Ya no hay mucho que contar. Barham fue nuestra salvación y aquí estamos, contentos y felices.

Hynan apretó los labios. Lo comentaría más tarde con Sarah, se propuso.

Las respuestas de Foster, a pesar de su aparente naturalidad, le parecían forzadas, como dictadas por una fuerza superior a la suya o tal vez aprendidas de memoria, para darlas a los curiosos. Elisa, por su parte, aunque sonreía ligeramente, parecía un tanto ausente del lugar.

—No sabe cuánto lo celebro —dijo Hynan—. Pero tengo entendido que trabajan en algo... ¿Agricultura, quizá? Se necesitan alimentos...

—Oh, no, no somos agricultores. Trabajamos en el yacimiento.

—¿Una mina? —respingó Sarah.

—Sí, eso es —confirmó Foster.

—¿Qué mineral extraen? —preguntó el joven.

—Pues... Barham, lo llama de una forma extraña, «vitalium», pero, en realidad, no sabemos exactamente de qué se trata.

—Vitalium, ¿eh? —rezongó el joven.

—Y no saben qué mineral es —añadió Sarah.

—No nos preocupa demasiado, ésta es la verdad. Estamos agradecidos a Barham por habernos

salvado la vida y trabajamos allí con mucho gusto.

—Esperando, sin duda, salir de aquí algún día —dijo Sarah.

Foster meneó la cabeza.

—No, es algo imposible. Sin naves, no se puede abandonar Zphanax y nosotros no tenemos ninguna.

—Pero...

Hynan alzó la mano, para cortar bruscamente la frase que Sarah estaba a punto de pronunciar.

—Tendremos que resignarnos a permanecer en Zphanax —dijo, con una sonrisa de circunstancias—. Y eso significa que nos volveremos a ver. Encantado de haberles conocido, señor y señora Foster.

—Digo lo mismo, señor Hynan.

—He tenido mucho gusto —habló Elisa.

Hynan agarró la mano de la muchacha y tiró de ella hacia afuera.

—No hables —murmuró.

Sarah hizo un gesto de asentimiento. En silencio, volvieron a su alojamiento, situado apenas a treinta metros, entraron y él cerró la puerta cuidadosamente.

—Están hipnotizados —dijo Hynan—. Barham los tiene dominados por completo y sometidos absolutamente a su voluntad. ¿No te fijaste en Elisa Foster? Parecía un maniquí viviente; sólo ha pronunciado unas pocas palabras de saludo... En cuanto a Jim, daba unas respuestas enteramente preparadas...

—Y no mencionó la nave que Barham dijo tenía en reparación.

—No, porque es algo que ignoran y que él les ha ocultado deliberadamente.

Sarah sintió un escalofrío.

—Ovid, ¿qué pretende hacer ese monstruoso individuo con nosotros? ¿Acaso conseguirá hipnotizarnos y nos tendrá trabajando en el yacimiento de vitalium durante el resto de nuestros días?

—No tengo respuestas para darte —dijo Hynan—, porque hay cosas que todavía resultan incomprensibles para nosotros. Hemos visto y sufrido incidentes que nos parecieron reales, siendo una fantasía, sin duda creada por Barham, pero, en medio de todo, no ha podido adueñarse completamente de nuestras mentes y eso es lo que nos da cierta ventaja, que no pienso desaprovechar.

—¿Qué piensas hacer, Ovid?

El joven reparó de pronto en algo que le había pasado desapercibido. Había una puerta entreabierta al otro lado de la estancia y a través del hueco divisó una mesa preparada.

—Ven —dijo.

Ella le siguió. Hynan penetró en un pequeño comedor y señaló los cubiertos que había encima de la mesa.

—Alguien ha debido de acordarse de que tenemos estómago —sonrió—. Cenaremos primero y después, con la tripa llena, pasaremos a la acción.

—¿Qué clase de acción, Ovid?

Hynan cogió un cuchillo de cortar pan, puntiagudo y con filo de sierra.

—Esto es un arma —contestó—. Buscaremos a Barham y le obligaremos a que nos diga toda la verdad... que nos exponga sus planes y que declare de una vez si existe la nave que mencionó o es producto de su imaginación.

Al hablar, miraba fijamente a la muchacha.

—Si no te atreves, quédate en casa... —añadió.

—¿Cuándo? —preguntó Sarah simplemente. Hynan sonrió.

—Después de la medianoche; es la hora más apropiada para dar un golpe de mano.

***

En la negrura del cielo brillaban tres pequeños discos plateados, de un tamaño aparente muy inferior al de la Luna y relativamente próximos. Hynan supuso que debían de ser asteroides capturados por la atracción de Zphanax y que orbitaban a su alrededor, siguiendo un ciclo sidéreo que no se atrevió a calcular.

Pero, en aquellos momentos, lo que le interesaba de los satélites era la luz que daban, no muy intensa, aunque sí suficiente para moverse sin dificultad por la desierta y silenciosa calle de Shiwalia. Con la mano de Sarah en la suya, salió de la casa y se encaminó hacia determinado punto.

—Me parece recordar que le vi entrar en aquella casa —dijo.

—¿Y si no está?

Hynan sonrió.

—Revisaremos casa por casa hasta encontrarlo —contestó—. Oh, no te preocupes; tal como están las cosas, no creo que nadie se despierte. Es más, incluso apostarla a que les ordena dormir, para así estar más descansados y trabajar de firme la jornada siguiente.

—Es horrible —murmuró ella—. ¿Cómo puede un ser humano esclavizar a sus semejantes de esta manera?

—Pero, ¿no habíamos quedado en que no es un ser humano?

Sarah hizo un gesto afirmativo. No, Barham no era humano, se dijo.

De pronto, sintió que el joven tiraba de ella con violencia.

—Silencio —susurró Hynan, a la vez que buscaba refugio tras la pared de una casa cercana.

Ella le siguió sin pronunciar una sola palabra. Situados tras la esquina, permanecieron unos momentos allí, atisbando lo que sucedía en la calle en completo silencio.

Una puerta se había abierto y una figura se recortó un instante en el umbral, antes de echar a andar con firme paso en dirección a las colinas.

—Es él —dijo el joven al oído de Sarah.

—¿Adónde va, Ovid?

—Pronto lo sabremos.

Hynan dejó que Barham se adelantase un par de cientos de metros. La luz de los satélites era suficiente para distinguir su silueta sin demasiada dificultad. El hombre caminaba con paso rápido, decididamente, como si siguiese una ruta adoptada con anterioridad.

Hynan y la muchacha salieron de su escondite y caminaron resueltamente detrás del sujeto.

—Ahora veremos en qué consiste el vitalium y qué utilidad tiene para ese miserable —dijo él.

Durante un cuarto de hora, mantuvieron las distancias. Barham seguía andando al mismo ritmo, sin volver la cabeza una sola vez. Hynan pensó que, si lo hacía, les vería indefectiblemente, ya que no había ningún obstáculo en el que esconderse en aquella llanura que tenía su fin en las colinas.

Repentinamente, Barham desapareció de la vista de los dos jóvenes.

***

Hynan se detuvo, desconcertado por aquella inexplicable desaparición.

A su lado, Sarah sintió miedo.

—Ese hombre puede trasladarse instantáneamente a cualquier parte —dijo.

Hynan meneó la cabeza.

—Pudiera ser, pero lo dudo mucho. Nunca he conocido un caso de levitación ni menos de teleportación. Barham debe de poseer unas facultades enormemente poderosas, pero tiene un limite —contestó.

—Pero se ha ido repentinamente, como tragado por la tierra...

—Tragado por la tierra —repitió él.

De pronto, echo a correr. Sarah le siguió en el acto.

—No me dejes sola, Ovid —suplicó.

Hynan le tendió una mano.

—Perdona —sonrió—. Me he excitado un poco y...

Ciento cincuenta metros más adelante, captaron un leve resplandor que brotaba del suelo. Hynan refrenó su marcha y se acercó con gran lentitud al punto luminoso.

—Con cuidado, Sarah —dijo en voz baja—. Y no hagas ruido; creo que, al fin, vamos a averiguar su secreto.

Segundos después, se detenían ante una grieta de unos dos metros de largo por unos pocos centímetros de anchura. Hynan se arrodilló primero, tendiéndose en el suelo a continuación y, acto seguido, señaló algo con una mano.

—Mira —dijo—. No es la superficie, sino una tela de enmascaramiento.

Sarah se sentía atónita. Tumbada junto a Hynan, le vio levantar un poco aquella tela que imitaba el suelo a la perfección. La grieta se ensanchó y entonces presenciaron un espectáculo asombroso.

La tela ocultaba un hoyo de varios centenares de diámetro, en forma de cono invertido, pero de paredes con una inclinación muy próxima a la vertical. La profundidad de aquel pozo superaba los ciento veinte metros.

A cinco metros del borde, había una especie de puentecillo, al que se al que se llegaba por medio de una escalera de peldaños de hierro, adosada a la pared. El puente tenía una longitud de unos treinta metros, lo suficiente para que la columna de sustentación, de entramado metálico, se apoyase en el suelo, a fin de salvar la diferencia de nivel entre el borde superior y el fondo.

Por el puentecillo se llegaba a la columna, provista de guías para el movimiento de un montacargas, que ahora se encontraba abajo. A cincuenta metros de la columna, se divisaba una astronave de forma lenticular, brillante a la luz de los numerosos reflectores que alumbraban el

lugar.

Hynan y la muchacha se sentían estupefactos.

—Pues es verdad —dijo él—. La nave existe, pero ¿cómo no se lo ha dicho a las otros?

—Se me ha ocurrido una explicación, Ovid —manifestó Sarah.

—Sí, seguramente la tiene.

—No seas sarcástico. Esto tiene una lógica, según los proyectos de Barham, naturalmente. Ha conseguido adueñarse de las mentes de los restantes náufragos del espacio, de una forma que ahora desconocemos y que tampoco vamos a discutir. Pero les obliga a trabajar, para conseguir ese vitalium que necesita y así poder terminar la reparación de su nave. Entonces, se largará de Zphanax.

—Dejándonos aquí, naturalmente.

—Si prefieres expresarlo de otra manera, haciéndonos un corte de mangas, y perdona la expresión.

—El muy canalla... —se indignó Hynan.

—No te enojes. Debieras haber aprendido a conocerle, Ovid. A él le guía su propio interés.

—Y a los demás, que nos parta un rayo, ¿eh?

—Exactamente. Aunque me preocupa cómo podrá salir de Zphanax, si no puede vencer esa fuerza irresistible que nos hizo caer sin que pudiéramos evitarlo.

—Habrá encontrado algún método, sin duda —opinó Hynan.

Guardaron silencio unos momentos. Hynan se frotó la mandíbula.

—Sarah —dijo tras una pausa—, creo que debiéramos volver a casa. Ahora ya conocemos el secreto de Barham. ¿Por qué no volvemos en otro momento y echamos un vistazo a la nave?

—Es un tipo antiguo, pero creo que sabríamos manejarla.

—¿Tienes título de piloto?

—Claro —contestó ella—. Yo era propietaria y capitán de mi nave, Ovid. Aunque tenía un par de pilotos como suplentes.

—Lo cual no impidió que se amotinaran y te despojaran de tu propiedad.

—Eso puede pasarle a cualquiera, ¿no? Mi caso no es el único —se defendió la joven.

—Perdona, pero no tenia intención de enojarte. Sólo era un comentario sin trascendencia Bueno, ¿volvemos a casa? Sarah cerró su mano en torno al brazo de Hynan.

—Ovid, tienes un cuchillo —dijo—. ¿Por qué no atacamos ahora y le obligamos a que nos diga la verdad?

—Sería una buena idea, pero le encuentro un inconveniente.

—¿Cuál, por favor?

—Antes de actuar, quiero echar un vistazo al interior de la nave y comprobar sus instrumentos, pertrechos y pañoles de provisiones. A poco que podamos, nos largaremos de Zphanax y buscaremos órbitas de trayectos de otras astronaves, para contar la verdad de lo que sucede aquí organizar una expedición que rescate a los prisioneros de Barham. —Tal vez, entonces, los mate a todos...

—Es posible, primeramente de todas formas, insisto en examinar la nave primeramente. Creo que es lo mejor, Sarah.

—Muy bien. Volveremos mañana, Ovid —accedió ella. En aquel momento cuando se disponían a abandonar su observatorio, vieron a Barham salir de la nave.

—Espera un poco —murmuró Sarah—. Vamos a ver qué hace ahora.

—Si viene por aquí...

—Antes de que se dé cuenta de nuestra presencia, nos retiraremos de este lugar. Tumbados en el suelo, más allá, no se dará cuenta de nuestra presencia.

—Estás en todo —sonrió él.

—Tengo cierta experiencia de la vida, Ovid —contestó la joven.

Mientras, Barham se dirigía a cierto lugar, situado a unos veinte metros de la nave, en el que se veía unos, lingotes de color dorado, apilados regularmente. Barham se inclinó para coger uno, pero no pudo moverlo del sitio en que se hallaba.

Entonces, hizo algo que dejó estupefactos a los dos jóvenes. Barham se desciñó el cinturón y, tirando de ambas extremos, duplicó su longitud. Luego, sin más, empezó a azotar con verdadera furia a la pila de lingotes, como si fuese un ser vivo que se negase a cumplir sus órdenes.

Hynan sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Ese hombre está loco —dijo.

Barham asestó una docena de latigazos a la pila de lingotes. Dejó el cinturón a un lado, cogió uno de los lingotes y caminó hacia la nave, en cuyo interior desapareció a los pocos momentos.

—No comprendo nada —manifestó Hynan.

—Vámonos, Ovid Este pozo me da miedo...

—Sí, nos vamos, pero, recuerda, hemos de volver, Sarah. Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Volveremos —respondió.

CAPITULO VIII

Los habitantes de Shiwalia se habían marchado a su trabajo en el yacimiento. El pueblo había quedado nuevamente desierto.

Hynan se reunió con la joven bien entrada la mañana. Sarah tenia ojeras, producto de una noche pasada prácticamente en vela.

—No he pegado ojo —confesó ella, mientras tomaban el desayuno, servido de forma tan misteriosa como la cena.

—Lo mismo me ha pasado a mi —sonrió Hynan—. Pero teníamos motivos para sentirnos insomnes, ¿verdad?

—Demasiados —suspiró Sarah—. A veces, incluso, dudo de lo que vimos anoche. Un hombre, azotando con un látigo a unos lingotes de metal, como si fuesen bestias salvajes... ¿Está loco, Ovid?

—Si lo está, se trata de una locura muy particular. Yo pienso que Barham no hace las cosas sin motivo. Y eso es lo que tenemos que averiguar.

—¿Cuándo?

—En cuanto hayamos terminado el desayuno.

—Conforme, Ovid.

Un cuarto de hora más tarde, salieron de la casa. Hynan asió la mano de la joven.

—Antes de ir al pozo, vamos a ver si Barham está en su casa —dijo.

—Tal vez esté durmiendo, después de haberse pasado la noche entera trabajando.

—Eso es lo que creo, Sarah.

Momentos después, llegaban al alojamiento de Barham. Hynan abrió con grandes precauciones.

El interior de la casa estaba sumido en la penumbra. No se percibía el menor sonido.

Hynan avanzó con grandes precauciones. Llegó ante una puerta y la abrió, deteniéndose de inmediato con una expresión de asombro en el rostro.

—¿Qué hay ahí adentro, Ovid? —preguntó ella. Hynan levantó una mano.

—Cuidado. Barham está aquí.

Sarah se asomó a la estancia y vio algo que la hizo dudar de, su propia razón. Barham estaba en pie, en el centro de la estancia, con los ojos completamente cerrados, mientras su cuerpo era recorrido por largas ondulaciones que arrancaban del suelo, hasta terminar en su cráneo. Hynan observó que el suelo de aquel cuarto era de tierra batida, en lugar de tablas, como en el resto de las casas.

—Dios mío... ¿Qué hace, Ovid? —murmuró la joven.

—Está «cargando baterías» —respondió él con acento irónico.

—Eso debe de ser horrible...

—Para los que están sometidos a su voluntad, naturalmente. Espera, parece que ya termina...

Sarah, horrorizada y asqueada a un tiempo, contempló el repugnante espectáculo de los

filamentos hundidos en la tierra y que desaparecían sucesivamente en los dos pies de Barham, quien, por otra parte, no parecía haberse dado cuenta de que estaba siendo observado. Al cabo de unos momentos, todavía con los ojos cerrados, caminó hacia un camastro situado en un rincón, suspiró profundamente, se acostó y se quedó inmóvil, sumido aparentemente en un profundísimo sueño. Sarah tiró de la mano del joven.

—Vámonos, Ovid...

—No, espera —contradijo él—. Vamos a aprovechar su sueño, para asegurarnos la tranquilidad durante un buen rato. Ven, ayúdame.

Hynan se acercó a la cama y, con una osadía que asombró a la muchacha, levantó en peso el cuerpo del durmiente.

—Saca la manta que hay debajo —ordenó el joven.

Ella obedeció, sin comprender los propósitos de Hynan, pero lo supo muy pronto, cuando, después de haber dejado a Barham nuevamente en el lecho, empezó a rasgar la manta en tiras.

Minutos más tarde, Barham quedaba sólidamente amarrado al lecho. Hynan tiró de la muchacha.

—Ahora ya podemos marcharnos, Sarah —dijo—. Ese tipo no nos molestará mientras examinamos su nave.

—Cuando se despierte... —apuntó ella, temerosa.

—Seguirá atado y tendremos una conversación, en la que podremos las cartas boca arriba —respondio el joven con firmeza.

***

Hynan recordaba muy bien el lugar por donde Barham había desaparecido y no tardo en encontrar el bien disimulado borde de la cubierta del pozo. Levantó la tela en aquel punto, dándose cuenta de que había inflexiones en el tejido que permitían hacerlo sin inconvenientes. La escalera corta quedó a la vista y descendió resueltamente por ella, hasta la entrada del puentecillo que permitía el acceso al montacargas.

Al levantar la tela, las luces del interior se habían encendido automáticamente. En silencio, Hynan admiró la obra de un hombre cuyos proyectos no alcanzaba a entender y que, no cabía duda, había costado mucho tiempo y un esfuerzo de una magnitud incalculable.

Pero había dispuesto de esclavos dóciles y obedientes, que habían hecho los trabajos más penosos. Se preguntó si los habitantes de Shiwalia sabían darse cuenta de su situación o se hallaban de una forma absoluta bajo el dominio de Barham.

—Quizá saben lo que les pasa, pero la poderosa mente de ese hombre les impide sublevarse —murmuró.

—¿Decías? —preguntó Sarah, al oírle hablar en alta voz.

—No, nada..., no tiene importancia.

El montacargas les llevó a los pocos momentos al fondo del pozo. Inmediatamente, Hynan buscó la escotilla de acceso y penetró en el interior de la nave.

Conocía el tipo, aunque la suya había sido de una clase más moderna. Pero, a los pocos momentos, supo que podría manejarla sin dificultades.

—Ya tenemos medio de escape, Sarah —exclamó, satisfecho.
—¿Tú crees?
—¿No tienes el título de piloto? ¿Acaso no sabrías gobernar esta astronave?
—Quizá no —respondió ella—. La mía era de un tipo mucho más moderno, con unos instrumentos altamente sofisticados... Esta tiene al menos cincuenta años de antigüedad...
—Lo encuentro lógico. Tú tenías una nave comercial. Necesitabas lo último en cuestión de astronaves, si querías obtener beneficios en tu negocio.
—Así es, Ovid —convino ella—. Pero, en tal caso, he de suponer que la tuya era mucho más anticuada... aunque no comprendo qué hacías cerca de Zphanax cuando se produjo el naufragio.
—Era correo. Hacía ciertos trabajos para los servicios secretos de la Tierra. El gobierno es muy tacaño y no quiso gastarse el dinero en una nave último tipo. Ya sabes, la burocracia, esa plaga que jamás desaparecerá —contestó él de buen humor.
—Volverás a tu puesto cuando salgas de aquí —dijo Sarah.
—Ya veremos. Primero tenemos que abandonar Zphanax; luego, ya pensaré en mi futuro.
Hynan buscó la cámara de mandos y se sentó ante los controles. Después de examinarlos unos momentos, expectantemente contemplado por la joven, trató de comprobar los instrumentos.
Todos los indicadores permanecieron silenciosos. Sólo se encendió uno: COMBUSTIBLE AGOTADO.
Hynan torció el gesto.
—La nave no tiene combustible —dijo—. Entonces, ¿cómo piensa hacerla despegar?
—Funciona por energía másica. Los hornos no tienen nada que quemar.
—En tal caso. ¿qué ha hecho con los lingotes, de vitalium que metió en la nave?
—¿Vitalium? —dudó ella—. Parecían de oro puro...
—Aunque fuese así. Una nave movida por energía másica, quema cualquier cosa. Tanto si son de vitalium como de oro, esos lingotes podrían servir muy bien como combustible y el indicador señala la falta absoluta.
—Lo siento, no sé qué explicación darte —respondió Sarah.
Hynan estuvo unos momentos indeciso y luego, de pronto, se puso en pie.
—Hasta ahora, no hemos hecho más que examinar muy someramente el interior de la nave. Vamos a explorarla a fondo y así sabremos de una vez qué es lo que sucede.
—Está bien, empecemos cuando gustes.
Hynan inició un recorrido a fondo del interior. Aunque aquel tipo de astronave no le resultaba familiar, supo orientarse bien pronto por los corredores interiores examinando con minuciosidad todos los rincones. Al cabo de un rato, se percató de un detalle singular.
—Sarah, Barham está preparando una jugarreta —manífestó—. ¿Recuerdas que dijo estaba reparando la nave para salir de Zphanax con los habitantes de Shiwalia?
—Sí, desde luego.
—Bueno, pues en esta nave no hay más que un camarote equipado debidamente. Tendría que haber doscientas literas y sólo se ve una.
Sarah se puso una mano en el pecho.
—Barham está terminando de alistar la nave. Ellos le ayudan, trabajando en la mina, pero

cuando quieran darse cuenta, se encontraran aquí, abandonados a su suerte.

—En los frigoríficos y almacenes de provisiones, debería haber víveres suficientes para doscientas personas, durante seis meses, al menos. No hay ni siquiera una migaja de pan. Ella se sintió consternada al conocer la noticia.

—Entonces, pretende marcharse solo...

—No lo dudes —respondió él, a la vez que abría otra puerta.

En el interior de aquella cámara, vieron algo que les dejó estupefactos.

Había un enorme cajón de madera, de unos cuatro metros de lado por dos de alto, completamente lleno de tierra. Para llegar a la parte superior, era preciso utilizar una pequeña escalera, adosada a una de las paredes.

—¿Para qué querrá Barham tanta tierra? —preguntó Sarah—. ¿No se le habrá ocurrido sembrar flores para distraerse durante el viaje, supongo?

Hynan hizo un gesto negativo.

—Nada de eso —respondió—. Ese cajón es su despensa, Sarah.

—¡Ovid! —exclamó ella, estupefacta.

—Como lo oyes. Barham no necesita alimentarse, al menos de la forma en que lo hacemos los humanos. Nosotros comemos pan, huevos, carne, fruta... y así reponemos energías. El introduce raíces en la tierra y así se alimenta.

—Dios mío, no había visto nunca nada tan horrible...

—Tendremos mucho que contar cuando salgamos de aquí, no lo dudes —dijo él—. Ahora vamos a ver lo único que nos falta: la cámara de combustión.

—No se puede entrar sin traje protector...

—Lo sé, pero todas las cámaras de combustión tienen miradores que permiten examinar su interior sin correr riesgo. Además, si no hay combustible, tampoco hay riesgo. Es cierto que la energía másica desprende muy poca radiactividad, aunque, a la larga, se acumula y puede resultar peligroso.

Descendieron a una de las cubiertas inferiores y se detuvieron ante una puerta blindada, en la que había un rótulo que indicaba su utilidad: ACCESO A LA CAMARA DE COMBUSTION. Hynan no quiso abrirla, limitándose a abrir un círculo de metal, que ocultaba una mirilla protegida por un grueso cristal.

—Es una mezcla de plomo con silicio, de este modo, resulta transparente y evita las posibles radiaciones —explicó. El interior de la cámara estaba casi lleno de aquellos lingotes dorados. Hynan observó también una serie de filamentos de metal, que descendían del techo. Cada uno de aquellos hilos terminaba en un lingote.

—Me siento desconcertado —declaró momentos después—. Esto no es un horno corriente...

Sarah miró a su vez y meneó la cabeza.

—Yo tampoco entiendo nada —dijo—. ¿Para qué sirven esos hilos, Ovid?

Hynan sonrió, a la vez que le ponía una mano en el brazo.

—¿Por qué no vamos a preguntárselo a él mismo?

—¿Ahora?

—Cuanto antes salgamos de dudas, mejor para todos, Sarah.

Ella asintió y siguió al joven, que se dirigía resueltamente hacia la escotilla de acceso. Momentos después, se asomaban fuera de la nave.

Inmediatamente, se quedaron como petrificados. Hynan se dio cuenta entonces de que el tiempo se les había pasado volando, sin darse cuenta, entretenidos en la exploración de la astronave. Habían permanecido demasiado rato allí, se dijo amargamente, al ver a Barham a unos pasos de distancia, flanqueado por dos docenas de hombres de nula expresión facial y ojos ausentes.

—Muy listos —dijo Barham, sonriendo perversamente—. Una pareja de chicos verdaderamente inteligentes, pero de nada les va a servir. Hasta ahora he sido muy tolerante con los dos, pero ustedes mismos me han obligado a abandonar mi actitud benévola, al traicionar la confianza que había depositado en ustedes.

Hynan hizo un esfuerzo por recobrar la calma.

—No creo que usted haya confiado jamás en nadie, Tom —contestó—. Hemos visto la nave por dentro y sabemos que pensaba marcharse solo. Ni siquiera nos hubiera permitido que le acompañásemos nosotros dos, a pesar de que dice éramos de su confianza.

Sarah extendió una mano.

—Ovid, eso no tiene ahora demasiada importancia. Interesa más saber qué piensa hacer él con nosotros —exclamó.

La sonrisa llena de malignidad no se borraba de los labios de Barham.

Lentamente, movió una mano.

Los hombres que estaban en semicírculo tras él, empezaron a moverse hacia los dos jóvenes.

—Pronto van a conocer su suerte —dijo Barham.

CAPITULO IX

La procesión de hombres y mujeres salió de Shiwalia, al iniciarse una nueva jornada. Por parejas, iban congregándose en la calle principal, hasta que todos se habían reunido. Entonces, sin necesidad de más órdenes, rompían la marcha y se dirigían hacia las colinas.

Hynan y Sarah iban los últimos. Caminaban silenciosamente, sin emitir el menor sonido, con rostro estoico, en el que no se reflejaba la menor emoción.

A pesar de todo, Hynan tenía algunas reacciones instintivas. provenientes más bien de su cuerpo que de su mente, y se rascaba el brazo izquierdo en ocasiones, precisamente en el punto en donde la víspera le había sido aplicada una inyección, con una jeringuilla que contenía un líquido que había supuesto era narcótico. Sarah había recibido otra dosis de la misma droga, sin oponer resistencia, ya que no podían hacer nada contra más de veinte hombres jóvenes y robustos.

Luego habían sido conducidos a su alojamiento, en el que habían permanecido hasta la hora de acudir al trabajo en el yacimiento. Ahora formaban parte de un grupo de esclavos, cuyo destino no tenía nada de envidiable.

Media hora más tarde, llegaron a la base del farallón, en donde se veían algunos barracones y una pequeña chimenea, por la que salían los humos de la combustión que se producía en un horno. Pero ninguno de los componentes del grupo se detuvo, sino que siguió andando hasta la boca de la mina abierta en las entrañas de la tierra.

El interior estaba brillantemente iluminado. El túnel era muy amplio, más ancho que alto. A cincuenta metros de la entrada, las paredes se hacían muy irregulares, con numerosos entrantes, causados por la extracción del mineral del yacimiento.

Los componentes del grupo empezaron a disgregarse. Un hombre se acercó de pronto a los dos jóvenes, entregándoles un pico y un instrumento absolutamente extraño en aquel ambiente.

—Tú te encargarás de picar en la pared —se dirigió a Hynan—. Golpea donde veas vetas amarillas, ¿entendido? Otros se encargaran de recoger los fragmentos de mineral que arranques con el pico.

—Entendido —contestó Hynan con voz átona.

El hombre puso en manos de Sarah el otro instrumento.

—A veces, el mineral se niega a salir. Entonces, golpea la pared con este látigo.

—Sí —dijo ella escuetamente.

El hombre, que parecía un capataz que dirigía los trabajos, se marchó, dejándolos solos. Los demás prisioneros habían empezado ya su tarea.

Sonaban golpes de los picos contra la pared, alternados con chasquidos de azotes, asestados por las mujeres, que eran quienes tenían los látigos. Hynan empuñó el pico y descargó su primer golpe.

El pico rebotó, como rechazado por una fuerza viva. Hynan retrocedió.

—Azota la pared, Sarah —ordenó.

Ella alzó el látigo y golpeó la roca con fuerza. Hynan pudo arrancar entonces un grueso

pedrusco, en el que abundaban las vetas de color amarillo.

Al caer, le pareció escuchar un hondo gemido, procedente de un punto muy lejano. Pero no hizo caso y continuó trabajando.

Un hombre vino poco más tarde, con un recipiente de barro.

—¿Tenéis sed? —dijo.

—Sí —admitió el joven.

Otros prisioneros, recogían las piedras caídas en el suelo y las arrojaban a una vagoneta, que luego conducían al exterior. Hynan alzó el recipiente y bebió un poco. Luego se lo ofreció a la muchacha.

—No tengo sed —dijo Sarah.

—Bebe —ordenó Hynan.

La joven obedeció. El individuo se marchó con el cántaro. Media hora más tarde, estaba cargada otra vagoneta. Hynan se unió al pequeño grupo que la empujaba hacia afuera y salió con ellos, mientras Sarah quedaba en el mismo sitio, inmóvil, con la vista fija en la pared que tenía frente a sí.

La vagoneta fue descargada en el interior de una tolva, con un mecanismo de trituración, que se puso en marcha inmediatamente. Hynan permaneció allí, quieto, siempre con la mirada ausente.

La trituradora reducía el mineral a polvo molecular. Poco después, empezaron a salir lingotes de metal amarillo por un lado y bloques de polvo de roca, muy compacto, por otro. Hynan reconoció las piedras que formaban parte de la estructura de las casas.

Otro grupo de trabajadores se llevó las piedras fabricadas con la ganga. Un tercer pelotón de esclavos cargó los lingotes en una vagoneta y la llevó hasta un barracón próximo.

Hynan decidió que ya había visto bastante y regresó a su puesto en la mina. El capataz acudió momentos más tarde.

—Te has ausentado sin permiso —dijo, acusador.

—Sí —admitió el joven sin pestañear.

—Vuelve a tu puesto, pero te advierto que tendré que comunicárselo a nuestro Director. Mi deber es informarle de la menor incidencia que se produzca durante el trabajo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hynan, sin hacer caso de los reproches.

—Ross, Hal Ross.

—Barham te encargó dirigir los trabajos.

—Sí.

—Por qué?

—Soy doctor ingeniero y geólogo.

—Te gusta el trabajo, supongo.

—Me gusta todo lo que Barham ordena.

—Muy curioso —sonrió Hynan—. Dime, Hal, ¿no habéis pensado en abandonar Zphanax?

—Lo haremos cuando él lo ordene.

—Barham, claro.

—Sí.

—Hal, ¿qué dirías si supieras que Barham piensa abandonarnos a todos en Zphanax,

marchándose solo con la nave?

—No nos abandonará. No tiene ninguna nave. El cuida de nosotros... Nos atiende en todo, nos da cuanto le pedimos... Nosotros le queremos infinitamente y él nos corresponde con su afecto...

Hynan cerró los ojos un instante.

«Imposible, en esta situación, es imposible pensar siquiera en una rebelión», pensó.

Pero quizá había una posibilidad...

—Vuelve a tu trabajo —ordenó—. Ah, y envíame al hombre del agua.

—Sí, señor —contestó Ross mecánicamente. Hynan sonrió para si.

Barham no tenía el completo dominio de la mente de sus prisioneros. Había cometido un error, se dijo, y él se encargaría de hacérselo saber en el momento adecuado.

El hombre del agua vino poco más tarde. Hynan le arrebató el cántaro.

—Vete —ordenó.

—Sí, señor.

Sarah permanecía en la misma postura, con el látigo en la mano, completamente inmóvil. Sin mediar palabra, Hynan levantó el recipiente y volvió su contenido sobre la cabeza de la muchacha, a la vez que lanzaba una fuerte exclamación:

—¡Sarah, despierta! ¡Yo te lo ordeno! ¡Despierta!

Los ojos de la joven recorrieron el lugar en que se encontraba. En su rostro aparecía una infinita expresión de asombro.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? —murmuró.

Hynan la agarró por un brazo y la condujo al otro lado del túnel, donde había un saliente rocoso, en el cual tomaron asiento.

—Sarah, escúchame bien. ¿Recuerdas cuando nos hicieron prisioneros?

—Sí, salimos de la nave... Barham nos esperaba...

—Y nos aplicaron una inyección de droga hipnótica.

—Hemos estado narcotizados...

—Y sujetos a la mente de Barham, pero yo sólo en apariencia.

—No recuerdo nada de lo sucedido desde que nos capturaron. ¿Qué ha pasado, Ovid? ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Muy bien, Sarah; te mereces una explicación. Cuando terminó de hablar, ella se sentía pasmada.

—De modo que yo he estado dando latigazos a la pared, cuando la roca no quería salir... Pero ¿por qué tenía que hacer yo una cosa tan disparatada, Ovid?

Hynan le señaló una mujer situada a unos veinte pasos, que azotaba la roca con fuerza, mientras, a su lado, el hombre esperaba, apoyado en el pico cuyo mango quedaba en el suelo por el momento.

—Esa mujer, y otras muchas, azotan la pared cuando es necesario. Y eso confirma mis suposiciones primitivas. La roca se niega a salir, porque, sencillamente no quiere.

Sarah parpadeó.

—Perdona, Ovid, pero si tú no quieres hacer una cosa, es porque tienes voluntad, lo que significa razón y entendimiento. Y eso sólo lo poseen las personas.

—Los seres vivos, aunque no tengan nuestra figura.

Ella inspiró con fuerza.

—Creo que te entiendo. Has confirmado tu teoría: Zphanax es un ser vivo —dijo.

—Exacto. No quiere que le arranquen trozos de su organismos, que nosotros tomamos como piedras, pero los azotes le obligan a obedecernos, es decir, a soportar los golpes de pico.

—Es fantástico —murmuró ella, abrumada—. Un ser vivo, del tamaño de un planeta... y dominado por un hombre sin escrúpulos.

—Quizá Barham no es hombre, en el sentido que damos a la palabra, sino un extraterrestre que ha adoptado nuestra figura. Una cosa es segura: domina a sus prisioneros menos de lo que él se imagina, aunque parezca que los tiene completamente sujetos a su voluntad.

—¿Cómo lo sabes, Ovid? El joven sonrió.

—Ahora lo verás, Sarah —repuso.

Un hombre se disponía a cargar en la vagoneta un enorme trozo de roca, intensamente veteada de amarillo, y Hynan llamó su atención:

—Eh, tú, deja esa piedra y vete a buscar agua.

—Sí, señor —contestó el prisionero mansamente. Sarah se sentía llena de admiración.

—¿Cómo lo has conseguido, Ovid? Explícamelo, porque me muero de curiosidad...

—Es bien sencillo —respondió él sonriendo—. Ya te dije que era correo de los servicios secretos. A veces, arriesgamos la captura y ser drogados en los interrogatorios, para que contestemos lo que desean nuestros captores. Bien, entonces, se nos somete a cierta clase de entrenamiento, sobre todo mental, que nos permite eliminar la droga en pocos momentos. No sé si te fijaste ayer, pero al minuto de haber recibido la inyección, yo estaba sudando a mares, eliminando el narcótico por el sudor.

—No, no recuerdo nada...

—Entonces, decidí simular un estado de hipnosis. Quería ver lo que pasaba en el yacimiento, pero no podría hacerlo si me portaba con normalidad. Debía aparentar hallarme en la misma situación que los demás, ¿comprendes?

—Increíble —califíco ella—. A mí no se me habría ocurrido... claro que tampoco pertenecía al Servicio Secreto...

—Han desaparecido muchas naves misteriosamente, sin que se haya vuelto a saber nada de ellas ni de sus tripulantes, y es algo que estamos investigando desde hace tiempo. Aunque yo no intervengo directamente en las operaciones, estoy al tanto de las investigaciones y, precisamente, llevaba una serie de documentos sobre el caso, cuando tuve que aterrizar en Zphanax. Ahora sé lo que pasa y estoy dispuesto a acabar con el actual estado de cosas.

—Me parece muy bien, pero ¿qué vas a hacer, Ovid? ¿Piensas rebelar a los prisioneros?

—Eso es algo que entra dentro de mis planes, pero sólo cuando llegue el momento apropiado.

—¿Te obedecerán?

Hynan sonrió con suficiencia.

—Barham no llegó a suponer nunca que hubiera alguien que pudiera resistirse a su droga hipnótica. Si ahora yo lo deseara, despertaría a los prisioneros y les incitaría a luchar contra el poder de ese diablo, pero no quiero hacerlo por el momento.

—¿Por qué, Ovid?

—Desconozco aún la clase de armas que puede emplear Barham. No quiero provocar una matanza en masa. Barham debe ser eliminado, pero creo en mi deber salvar todas las vidas humanas que me sea posible.

—Entonces, ellos te obedecerán ciegamente...

—Ya me obedecen, Sarah.

Hubo un momento de silencio. Sarah paseó la mirada por el interior del túnel, en el que doscientos prisioneros se afanaban en arrancar trozos de rocas de las paredes, golpeando con los picos y fustigando con los látigos cuando la tarea se hacía difícil.

—Ovid, quiero decirte una cosa —murmuró al cabo—. Si salgo de aquí algún día, jamás olvidaré lo que ha pasado...

—Tendrás mucho que contar, en efecto —convino él—. Pero ahora debemos volver al trabajo y continuar desempeñando nuestro papel.

—Nos han visto parados, sin trabajar...

—No lo recordarán, a menos que nosotros lo deseemos, descuida.

Hynan se puso en pie y ella le imitó. El joven recobró el pico y se acercó a la pared.

Casi en aquel instante, se oyó una voz en la entrada:

—¡Ross!

—¿Señor? —contestó el capataz.

—Es preciso transportar todos los lingotes al pozo —ordenó Barham.

—Bien; señor. Necesitaré una docena de hombres robustos...

—Lo que quieras, pero hazlo pronto. Os espero allí, ¿entendido?

—Sí señor.

Hynan y Sarah cambiaron una mirada. Ella vio aprensiones en el rostro del joven.

—Ovid —murmuró la joven—, creo que vas a tener que anticipar la sublevación.

—Eso mismo estaba pensando yo —respondió él.

CAPITULO X

Ross nombró a una docena de hombres y los hizo caminar hacia la salida. Cuando llegaban a su altura, Hynan les salió al paso y señaló a dos con la mano.

—Tú y tú, fuera de la fila —ordenó—. Hal, Sarah y yo iremos en su lugar.

—Muy bien, señor —contestó el capataz, sin oponer la menor objeción.

—Hal, tengo que darte otra orden.

—Lo que usted ordene, señor.

—¿Qué tiempo se emplea para transportar los lingotes al pozo?

—Entre la carga de la vagoneta y el recorrido de la distancia, yo diría que una hora, aproximadamente, señor.

—Muy bien, entonces, escucha bien esto que voy a decirte. Dentro de una hora, exactamente, todo el mundo abandonará el trabajo y se dirigirá al pozo. No quiero que quede en la mina uno solo, ¿entendido?

—Así lo haremos, señor.

—Todavía no he terminado, Hal. ¿Cuántos quedan en el pueblo?

—Un enfermo y su mujer, que se ha quedado a atenderle. No es cosa grave.

—¿Nadie más?

—Oh, sí, cuatro personas más, los que se encargan de la cocina.

—Ahí eso es muy interesante. Y, ¿de dónde vienen los víveres?

—Cultivamos unos trozos de tierra para obtener alimentos vegetales y, además, se organizan periódicamente expediciones de caza y pesca. Hay en el pueblo dos grandes frigoríficos, donde se conservan los alimentos...

—Es suficiente —cortó el joven—. Hal, despacha para Shiwalia a una docena de hombres, con carretillas, para que transporten al pozo todas las provisiones y recipientes con agua. Quiero que dentro de hora y media, todo el mundo esté allí.

—Descuide, señor; todo se hará como usted ha ordenado.

—Gracias, Hal. Cuando llegue el momento, tú serás mi segundo en... ya lo verás. —Entre dientes, Hynan añadió—: Podrás darte cuenta mejor cuando estés libre de cierta diabólica influencia que anula tu mente por completo.

Se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—¿Qué tal lo hago, Sarah?

—¿No se te ha ocurrido nunca meterte a revolucionario? Tienes todo el aire de un conductor nato de masas...

—Es lo que estoy haciendo precisamente, pero sólo forzado por las circunstancias. «Dimitiré», en cuanto hayamos terminado, te lo aseguro.

Hynan se volvió hacia los prisioneros que aguardaban en la entrada y agitó una mano:

—¡En marcha! —ordenó.

El pequeño pelotón se puso en movimiento, encabezado por los dos jóvenes Hynan se apoderó

de la mano de Sarah, sin que ella opusiera resistencia.

—Ha llegado el momento crítico —murmuró el joven—. O nos salvamos o perecemos pero habíamos llegado ya a una situación que no se podía tolerar ni un minuto más.

—Va a resultar muy duro —vaticinó Sarah—. Barham ha conseguido soltarse...

—Estoy preparado para afrontarle —contestó él con acento lleno de resolución.

***

Un pedrusco emergió del suelo, saltó un par de palmos en el aire y volvió a caer.

—A veces pienso que estas piedras son desechos que un organismo elimina de su interior —dijo Hynan minutos más tarde.

—No puedo creer que este planeta sea un ser vivo, Ovid —contestó Sarah.

—Resulta difícil de creer, en efecto, pero yo sostengo la teoría de que es así. ¿Qué sabemos nosotros de las cosas que pueden suceder y existir en la inmensidad de la Galaxia? Estamos acostumbrados a lo que sucede y existe en nuestro planeta, a una escala ínfima en comparación con Zphanax, y habituados a ciertas especies de animales de gran tamaño, paquidermos y cetáceos, por lo que no podemos hacernos a la idea de que haya seres infinitamente mayores que ellos. Un elefante pesa sesenta veces más que un hombre; una ballena, setecientas cincuenta veces más... pero nos resulta incomprensible la existencia de un ser billones de veces más pesado que cualquiera de nosotros y, probablemente, además, con inteligencia. Pero hemos de admitirlo como hecho real y cierto y, por tanto, acomodar nuestra mente a las circunstancias.

—Tienes razón, Ovid, pero habrás de permitirme una objeción.

—Sí, claro, por supuesto.

—Admitiremos que Zphanax es un ser vivo, pero, entonces, ¿cómo se deja dominar por un ser billones de veces más pequeño? Me refiero a Barham, naturalmente.

—¿Cómo sabemos si Barham es humano? ¿Y si fuese, como creo haber apuntado en otra ocasión, una plasmación del propio Zphanax con figura idéntica a la nuestra?

—¿Una prolongación de sí mismo?

—Algo por el estilo, Sarah.

Ella se quedó pensativa unos instantes.

—Puede ser, pero quedan algunos puntos por aclarar y espero que lo haga el propio Barham cuando le echemos la vista encima.

—La vista y la mano —añadió él.

—Es un hombre... un ser muy poderoso.

—Pudimos atarle.

—Pero se ha soltado, Ovid.

—De acuerdo, se ha soltado. Sin duda, despertó y... Bueno, debe de ser que no tengo experiencia en ligaduras o quizá se soltó con el solo poder de su mente. Pero creo que tampoco a mí me habría costado mucho.

Ella le dirigió una mirada llena de ansiedad.

—Espero que todo salga bien —murmuró. Hynan hizo un gesto afirmativo.

—Saldrá bien, te lo aseguro..., aunque de antemano te prevengo que no resultará fácil.

Repentinamente, uno de los prisioneros lanzó un agudísimo grito de terror.

—¡Las fieras! —aulló.

Sarah miró en la dirección que el hombre señalaba con la mano y sintió un escalofrío.

A doscientos pasos de distancia, una docena de leones octópodos corrían desaforadamente hacia ellos, a la vez que emitían unos rugidos capaces de helar la sangre en las venas del más templado.

***

Los prisioneros, presa de un pánico insuperable, se desbandaron inmediatamente. Sarah, aterrada, se apretó contra el joven, presintiendo llegada su última hora.

Durante unos segundos, Hynan pensó desesperadamente en lo que podía hacer para salvar la vida. Estaban desarmados y sólo contaban con sus manos para defenderse de unas bestias de ferocidad indescriptible.

—¡No tenemos más que piedras...! —exclamó, desesperado.

De pronto, se dio cuenta de un detalle, lo que le hizo concebir una idea que estimó salvadora.

Los leones octópodos continuaban su avance, desplegados en una amplia hilera, pero ninguno de ellos había dado muestras de perseguir a los prisioneros fugitivos, quienes se habían esparcido en todas direcciones.

«Esto no es natural», pensó el joven.

En el mismo instante, vio un pedrusco veteado de amarillo. Estaba en el suelo, a dos pasos, y saltó hacia él. Era una piedra tan grande como su mano. Hynan echó el brazo hacia atrás y luego disparó el improvisado proyectil con toda su potencia muscular, cuando las fieras se hallaban ya a unos cincuenta pasos.

El pedrusco voló por los aires, cayó delante de las patas del león más adelantado... ¡y todos los leones desaparecieron instantáneamente!

Sarah se puso las manos en la cara.

—¡Es inconcebible! —exclamó—. Ovid, ¿estoy soñando? Pellízcame, para que me despierte...

Hynan se echó a reír, bajó la mano y le arreó un pellizco en una parte muy carnosa de su anatomía. Sarah dio un salto y protestó:

—¡Eh, ahí no!

—Yo sólo obedecía tu petición —contestó él jovialmente.

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Ya hablaremos de esto en otro momento. Ahora, dime, ¿cómo lo has hecho, Ovid?

—Es bien sencillo: les tiré una piedra y desaparecieron. Eran imágenes que él... —Hynan señaló con el pulgar hacia el pozo—, había puesto en nuestra mente. ¿Sabes?, me acordé del día en que nos conocimos, cuando el agua se retiraba misteriosamente y lancé una piedra y las cosas volvieron a su aspecto natural. No sé cómo ni por qué, pero así ha sido y dio resultado.

—Parece ser que el contacto de las piedras con vetas amarillas, al tocar el suelo después de ser lanzadas, rompe el nexo de unión que hay entre el causante de la visión y quienes la padecen. Pero entonces, Barham, si es él, no estaba con nosotros, Ovid Tardó bastantes días en encontrarnos.

—No sabemos si lo teníamos en las inmediaciones. O quizá es que su mente alcanza a gran

distancia y conoció nuestra presencia y decidió burlarse de nosotros... Barham, insisto en ello, no es un ser humano y realiza acciones que nos resultan incomprensibles en muchas ocasiones.

De súbito, Sarah agarró al joven con ambos brazos y le miró fijamente.

—¡Es un demonio, Ovid! —exclamó—. Tenemos que destruirlo, porque sólo así podremos vivir en paz..., aunque no consigamos salir nunca de Zphanax.

—Eso es lo que vamos a hacer —contestó él gravemente. Permanecieron unos momentos así, contemplándose recíprocamente. Luego, Sarah apoyó la cabeza en el pecho del joven.

—Te quiero y no podría soportar la idea de perderte, Ovid —dijo con, acento cargado de pasión—. Por lo que más quieras, ten cuidado...

—No te preocupes. Derrotaremos a Barham y volverá la paz a Zphanax.

Hynan acarició los cabellos de la muchacha. Luego paseó la vista por todas las direcciones.

Los prisioneros fugitivos se habían detenido a cierta distancia, aturdidos por la incomprensible desaparición de las fieras, pero parecían incapaces de tomar decisiones por cuenta propia.

Todavía, de algún modo, estaban sujetos al poder de Barham, pero ahora Hynan sabía cómo combatir aquella maligna fuerza.

—¡Eh, aquí todos! —gritó con poderosa voz, que se expandió por toda la llanura—. Vamos, venid a reunirse con nosotros. Hemos de seguir nuestro camino hacia el pozo.

Mansamente, los prisioneros fueron acercándose a la pareja. Hynan hizo un gesto con la mano:

—¡En marcha! —ordenó.

El pequeño grupo se puso en camino nuevamente.

A los pocos momentos, Sarah lanzó una exclamación:

—¡Ovid, Barham quiere escaparse de Zphanax! Ha descubierto el pozo y, sin duda, intentará despegar con la nave. Hynan tendió la vista en aquella dirección y pudo ver claramente la anchurosa boca del pozo, libre de su cubierta, a unos trescientos metros de distancia.

Inmediatamente, echó a correr.

—¡Vamos, es preciso impedir que se fugue! —gritó.

CAPITULO XI

El grupo se lanzó a la carrera hacia adelante. Hynan se adelantó, en su ansia por capturar a Barham, antes de que pudiera despegar con la nave. Sarah se le unió de inmediato y el resto de prisioneros aceleró también el paso.

Eran sólo trescientos metros, menos de un minuto para alcanzar el borde del pozo, pero a los pocos momentos, Hynan se dio cuenta de que se había engañado en el cálculo de las distancias.

El suelo, prácticamente llano, producía ilusiones ópticas, se dijo. Pero no por ello redujo su marcha, sino que continuó corriendo cada vez con más ahínco, ansioso de capturar a Barham antes de que fuese demasiado tarde.

La nave era su única posibilidad. Si el sujeto escapara, ya no podrían salir nunca de Zphanax y quedarían definitivamente desterrados en un planeta que era un ser vivo.

O tal vez Barham podía volver algún día y tomar represalias de los amotinados...

Diez minutos más tarde, Sarah se detuvo, con las manos en los costados, sudorosa y sin respiración y con el rostro encarnado.

—Ovid... —jadeó—, no puedo más... Lo siento, no estoy acostumbrada... a correr...

Hynan se, paró también. Los prisioneros les imitaron. El joven miró hacia el pozo.

—No es posible. Llevamos diez minutos largos corriendo sin parar y casi tendríamos que haber alcanzado ya el pueblo —dijo.

Sarah buscaba aire para sus pulmones.

—Como sea..., pero aún estamos en el mismo sitio, creo —respondió.

—En el mismo sitio —repitió él, muy pensativo.

Bajó la mirada. Había unas marcas muy extrañas en el suelo.

Y, súbitamente, lo comprendió todo.

—¡Sarah, hemos estado corriendo, sin ganar un solo metro! —gritó.

—¡Ovíd! —se asustó la muchacha.

—Mira —dijo él—. Las marcas de tus pies lo dicen sin lugar a dudas.

—Oh, Dios mío... Ese horrible Barham otra vez...

—Sí —contestó Hynan ceñudamente—. Otra vez, sólo que ahora conozco la forma de combatir su poder mental.

Buscó una piedra con vetas amarillas y la lanzó a lo lejos. Apenas la vio caer, reanudó la marcha.

—Esta vez no habrá alucinaciones y caminaremos realmente —afirmó con rotundo acento.

Sarah supo muy pronto que el joven tenía razón. El pozo se acercaba ahora a cada paso que daban. Cinco minutos más tarde, llegaban al borde y se dispusieron a bajar. Entonces, Sarah agarró al joven por un brazo.

—Ovid...

—Dime, querida.

Ella señaló el brillante casco de la astronave que tenían a sus pies.

—Y... ¿y si fuese también una alucinación? Hynan inspiró con fuerza.

—Es fácil salir de dudas —manifestó.

Los prisioneros continuaban en su actitud estática, como si se sintieran ajenos a cuanto sucedía a su alrededor. Hynan buscó con la mirada y no tardó en descubrir una gran piedra con vetas amarillas.

Era tan grande como su cabeza y la asió con ambas manos, levantándola en alto, para lanzarla inmediatamente con todas sus fuerzas.

El pedrusco voló por los aires, describiendo una parábola descendente. Un par de segundos más tarde, chocó contra el casco de la nave, de la que brotó en el acto un sonido metálico casi musical. La piedra rebotó y cayó al fondo del pozo. La nave continuó en el mismo sitio, brillante y pulida, como una joya de gigantescas dimensiones. Hynan respiró satisfecho y se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—No es una alucinación —dijo.

Ella asintió.

—Ahora viene lo peor, Ovid.

—Creo que tengo la solución para defenderme, si las cosas se ponen feas —respondió el joven.

Abundaban las piedras veteadas de amarillo en aquellos parajes. Hynan eligió una no demasiado grande, aunque de forma un tanto alargada, y se acercó resueltamente a la escalera.

—Aguarda aquí —dijo.

Sarah meneó la cabeza.

—No, Ovid —contradijo—. Donde vayas tú, iré yo.

El joven sonrió, porque había captado en la voz de Sarah un inequívoco acento de firmeza.

—Está bien, pero no te arriesgues demasiado —accedió.

—Tengo que pedirte lo mismo —contestó ella.

Hynan hizo un ligero gesto. Luego, resuelto, inició el descenso y Sarah le siguió sin vacilar.

***

En el interior de la nave reinaba un silencio absoluto. Una vez, Hynan, involuntariamente rozó con la mano una de las mamparas y notó cierta sensación de calor que no había percibido en la anterior ocasión.

Sin embargo, no hizo caso del detalle y siguió andando. Un poco más adelante, notó que el suelo, a veces, parecía ceder bajo sus pies.

Esta vez sí se detuvo, extrañado por algo que no acertaba a comprender. El suelo era como el de cualquier otra nave, liso y mate, pero carecía de la dureza de otros pavimentos similares que había conocido.

Meneó la cabeza. No entendía lo que pasaba, pero le pareció que era un asunto secundario.

Un poco más adelante, volvió a notar otra cosa extraña. Parecía que había silencio, pero, en alguna parte, se percibía un levísimo susurro, con ciertas intermitencias, relativamente espaciadas. Por un momento, llegó a creer que se trataba de la respiración de una persona, pero pronto abandonó la idea.

—Aquí no hay nadie más que nosotros dos... y Barham, y éste no es precisamente una persona

—murmuró.

Sarah se detuvo bruscamente, muy aprensiva.

—Ovid, estoy percibiendo una rara sensación —dijo.

—A mi también me sucede lo mismo, aunque, si me lo preguntas, no sabría definirlo. ¿Qué opinas tú?

Ella se mordió los labios.

—Ovid..., ¿me prometes no burlarte de mí si te digo sinceramente lo que pienso?

—Puedes estar segura de que no me burlaré. Aquí pasan muchas cosas que no comprenderemos jamás. Dime,, ¿qué piensas.

—Está bien —respondió ella—. La nave... ¡es un ser vivo!

Hynan se quedó silencioso unos instantes.

Luego alargó la mano y tocó la pared. A continuación, pisó el suelo con fuerza.

—Un ser vivo..., tal vez una prolongación de sí mismo, de Barham, naturalmente —murmuró.

—Sí, pero ¿por qué?

—El está aquí. Muy pronto se lo preguntaremos —respondió el joven.

La pared tenía cierta tibieza que no se debía al ambiente interior. El suelo carecía de la dureza que habría sido lógica en una astronave corriente, aunque tampoco era tan blando como para que se hundiesen en él los pies al caminar.

—Y el susurro... La respiración, mucho más lenta que la de una persona —añadió.

Sarah aguzó el oído. Sintió miedo, un terror debido a que se estaban enfrentando con algo completamente desconocido, un ser extraño de poder casi infinito y que no era humano en absoluto, a pesar de su figura.

Por unos instantes, le entraron deseos de huir, llevándose a Hynan consigo, pero se dijo que era llegada la hora de luchar para librarse definitivamente de aquella diabólica influencia y abandonó la idea apenas concebida.

—Sí, Ovid, respira como un ser vivo —concordó.

—Es cosa de Barham —afirmó él—. Vamos a buscarlo. Acabemos de una vez, Sarah.

Iba a ser una terrible batalla, a pesar del exiguo número de combatientes.

—El Armageddon, Ovid, la batalla entre el Bien y el Mal —dijo.

—Acabas de definirlo con toda exactitud —respondió Hynan.

Pero Barham no se encontraba por ninguna parte. Desconcertado, Hynan se preguntó si el sujeto habría abandonado su forma humana, convirtiéndose ahora en una astronave de gigantescas proporciones.

«Nos engulliría... como un tiburón a una sardina», pensó, sin poder evitarla.

Cuando ya desesperaban de encontrar a Barham, Hynan reparó en una puerta que les había pasado desapercibida hasta aquel momento.

La puerta se hallaba en un amplio corredor por el que ya habían pasado una vez. Hynan se dio cuenta de que, de algún modo, Barham la había hecho desaparecer para que no la vieran. Pero, ahora, ¿por qué podían verla?

—Eso es que está al otro lado —adivinó. Empuñó el pomo y abrió resueltamente.

—Sí, aquí está —dijo.

***

En esta ocasión, el cajón con tierra era mucho más grande y de tres metros de altura, por seis o siete de lado. Barham estaba arriba, en el centro, en idéntica postura a la que ya habían visto en otras ocasiones.

El sujeto no pareció darse cuenta de su presencia.

—Ha debido de hacer unos esfuerzas tremendo y necesita «recargar» de nuevo —dijo Hynan, inclinándose hacia la muchacha.

—Si, yo también pienso lo mismo —convino Sarah—.

¿Qué hacemos, Ovid?

El joven apretó la mano sobre la piedra que habla traído consigo. Barham parecía completamente ausente de cuanto le rodeaba.

Lentas ondulaciones recorrían su cuerpo, en sentido ascendente. Hynan pensó que el suelo de Zphanax debía de poseer ciertas virtudes, que permitían a Barham recuperar su potencia mental, tras haber realizado algún gran esfuerzo.

—Nos hizo ver uno leones inexistentes; luego no tuvo corriendo diez minutos largo, haciéndonos creer que avanzábamos hacia el pozo, cuando no nos movíamos en absoluto del mismo sitio... Todo eso, ha tenido que producirle a la fuerza un enorme desgaste y ahora necesita recuperar las energías, absorbiéndolas del suelo de Zphanax.

—Creo que tienes razón —repuso Sarah—. Pero ¿vas a permitir que se recobre? Si no le atacas ahora, recuperará su potencia mental y nos dará un disgusto, por decirlo con palabras suaves.

—Sí, desde luego —convino el joven—. Escucha, voy a acercarme a él. No sé cómo, pero estas piedras actúan de una forma hostil contra Barham. Si me ves en peligro, arrójala con todas tus fuerzas, ¿entendido?

—Sí —respondió ella con ojo muy brillantes, a la vez que cogía la piedra que le ofrecía el joven.

En la pared de tablas, había una escala, por medio de la cual Hynan pudo trepar hasta la plataforma superior. Barham estaba en el centro, con los ojo cerrado, completamente ausente a cuanto le rodeaba.

Debía de tener las raíces hundidas en aquella capa de tierra de tres metros de profundidad, pensó el joven. Si lo arrancaba ahora, antes de que recobrase la conciencia, podría derrotarle fácilmente, porque sólo sería un ser parecido a un hombre y con las mismas fuerzas físicas.

Resuelto a todo, avanzó hacia Barham y agarró su brazo con ambas manos. En el mismo instante, una fuerza invisible lo despidió a un lado, haciéndole rodar por el suelo, tras una fortísima sacudida que le dejó aturdido durante uno instantes, como si hubiese recibido una potente descarga eléctrica.

Sarah lanzó un grito de terror. Barham empezaba a abrir lo ojos y en sus labios se dibujó una sonrisa de burla.

—Imbéciles! —murmuró—. Sois unos estúpidos, al creer que podíais derrotarme con tanta facilidad, ¿no? Pues ahora os demostraré que soy invencible, absolutamente todopoderoso y que no podéis hacer nada contra mi voluntad.



Apenas había pronunciado estas palabras, Barham levantó un pie, del que brotaban las raíces, que ya se veían replegarse hacia la extremidad. Hynan, todavía en el suelo, se vio perdido.

CAPITULO XII

Con ojos morbosamente fascinados, Sarah contempló las lentas acciones del sujeto. Barham, sin embargo, tenla aún el pie derecho sujeto al suelo.

Todavía no podía moverse, pensó desesperadamente. Y, entonces, se acordó de la piedra que tenla en la mano.

—¡No! —gritó frenéticamente—. Tú no eres todopoderoso, aunque dispongas de unas facultades distintas a las nuestras. Sólo eres un ser vivo, distinto a nosotros, pero también vulnerable.

Todavía estaba hablando, cuando arrojó la piedra con todas sus fuerzas hacia Barham.

El sujeto la vio venir y trató de esquivarla, pero no lo consiguió, y la piedra le alcanzó en la mejilla izquierda. Un horrible sonido, que no tenía nada de humano, brotó de su garganta en el acto. Casi en el mismo instante, aún con el pie derecho en el suelo, empezó a derrumbarse.

Sin embargo, no llegó a caer del todo. Inclinado hacia su derecha, en un ángulo de cuarenta y cinco grados quedó así unos momentos, mientras miraba a los dos jóvenes con una expresión de odio infinito en su rostro, pero también de impotencia. Hynan adivinó que Barham se sentía derrotado, pero que aún quería hacer un supremo esfuerzo por superar aquella crisis.

—¿Por qué me hacéis esto? —se quejó—. Sólo deseaba vuestro bien...

Hynan empezó a reaccionar.

—No dices la verdad —contestó—. Sólo buscabas tu propio beneficio. Eres muy poderoso, tienes unas facultades infinitamente superiores a las de una persona corriente, pero no las empleaste para ayudar a los demás, sino para esclavizarlos de la forma más abyecta que se pueda imaginar. Tenías aquí a doscientos náufragos del espacio, que trabajaban para ti en el yacimiento de vitalium. Incluso más, diría yo; el mismo planeta, Zphanax, era tu esclavo. ¿Me equivoco? Barham sonrió de un modo especial.

—Soy el dueño de un ser vivo de tamaño planetario. Me obedece, hace cuanto quiero... Atrae a las naves que orbitan por sus inmediaciones... y cuando yo se lo ordene, me seguirá como un perrito faldero y lo llevaré donde me plazca. Conquistaré otros mundos y sus habitantes no podrán resistirse, porque les lanzaré a Zphanax y los destruiré, si se resisten a mis demandas.

—Estás loco, loco —le apostrofó la muchacha—. ¿Cómo puedes soñar en algo meramente imposible?

—Esperad un poco y lo veréis. Mis fuerzas vuelven, recobraré mi vigor físico y psíquico y seré el de antes, y todos, incluidos vosotros, estaréis a mi servicio, para ayudarme a la conquista de otros mundos.

—No, nunca te ayudaremos...

Barham lanzó una homérica carcajada.

—¡Idiotas! ¿Cómo podíais creer que ibais a derrotarme? Vosotros, miserables humanos, ridículos insectos, despreciables seres llenos de limitaciones, no tenéis ninguna posibilidad contra mí...

—Lo que estás diciendo no tiene sentido —le interrumpió Hynan—. Si dominas a Zphanax, ¿por qué necesitas una astronave con la que, además, pensabas huir, dejándonos a todos aquí, abandonados a nuestra suerte?

—Iba a alzar el vuelo, sí, pero no de la forma en que te imaginabas. Esta nave es una prolongación de mi cuerpo y, cuando despegue, un hilo de vitalium quedará sujeto a la superficie del planeta y por él le daré mis órdenes y Zphanax me obedecerá con toda docilidad, y lo llevaré donde me apetezca y lo lanzaré contra quien no se rinda a mi voluntad. ¿Lo habéis entendido ahora?

Sarah, horrorizada, agarró el brazo del joven.

—¡Ovid, tenemos que hacer algo antes de que este espantoso ser consiga sus propósitos! —exclamó.

Barham volvió a reír.

—Tomé vuestra forma, porque era lo más conveniente para mí —dijo—. Pero soy muy distinto a vosotros y, por supuesto, mucho más fuerte. Y pronto tendréis la prueba de lo que os digo.

Hynan había conseguido levantarse y adelantó el torso.

—¿De dónde procedes? ¿Dónde naciste? ¿Cuál es tu apariencia verdadera? —preguntó.

—¿Qué importa eso? —respondió Barham—. Durante siglos enteros, he vagado por el espacio, buscando la manera de perpetuarme, tratando de hallar los medios para dominar a los mundos habitados y, al fin, lo he conseguido, y no seréis vosotros, míseros terrestres, quienes lo impidáis.

—El vitalium es necesario para tus proyectos —dijo Hynan—. ¿Cómo supiste que podías utilizarlo para ejecutar tus planes?

—El vitalium es una secreción natural de Zphanax, que se produce con cierta periodicidad. Son desechos orgánicos suyos, que expulsa fuera de su organismo, como vosotros expulsáis el sudor, por ejemplo. Pero cuando se consigue en estado puro, resulta muy perjudicial para Zphanax... lo mismo que os pasaría a vosotros si os pusieran una inyección con el sudor expelido durarte algunas horas. Vosotros moriríais, sin duda, pero Zphanax es mucho más fuerte y, a fin de evitar molestias, me obedece ciegamente. Por eso hacía aparecer y desaparecer el río llevaba los animales donde yo quería... y hasta me ayudaba en la proyección de imágenes de fieras que os atacaban. Mientras disponga de vitalium en estado puro, Zphanax me obedecerá y hará todo lo que yo desee.

—A ti también te perjudica, creo —manifestó el joven. Barham contrajo las mandíbulas.

Sin embargo, calló. Hynan creyó adivinar sus pensamientos.

—Has estado demasiado tiempo aquí y te has «contagiado» —añadió—. Por eso el contacto con el vitalium te resulta tan dañino...

—¡Pero me repondré —gritó Barham—. Puedo curarme, debidamente aislado...

Súbitamente, Sarah lanzó un grito:

—¡Ovid, está recobrando el equilibrio!

El joven apreció que la inclinación de Barham se había reducido considerablemente. Era evidente que, aun con un solo pie con raíces en la tierra, volvía a recobrar las fuerzas perdidas momentáneamente.

De un salto, se apoderó de la piedra y volvió a arrojársela, procurando que le diera en algún trozo descubierto de su cuerpo. Barham recibió el impacto en el cuello y emitió un horripilante alarido, a la vez que volvía a inclinarse en el mismo sentido.

—¡Sigue, sigue, Ovid—, no te pares! —gritó la muchacha. Hynan recobró la piedra y ahora golpeó con ella el rostro de Barham, de cuya garganta se escapaban espantosos, ronquidos. El ser extendió las brazos humanos, como su quisiera detener aquel furioso ataque, pero la falta de fuerzas era ya evidente y acabó derrumbándose por completo.

Hynan lanzó el ultimo golpe y se retiró a un lado. Durante unos segundos contempló aquella figura yacente sobre la tierra, de cuyos labios brotaban ruidos cada vez más débiles.

El rostro de Barham empezó a perder su apariencia humana. Sus brazos se fundieron con los costados, pero, al mismo tiempo, otros brotaron de distintas partes de su cuerpo. Era como si naciese una gigantesca estrella de mar, pensó Hynan, impresionado por aquel horrible espectáculo.

El suelo vibró repentinamente. Los tentáculos de Barham se alargaron y empezaron a rebosar fuera del receptáculo lleno de tierra.

Sarah sintió miedo.

—Ovid, vámonos, vámonos antes de que sea demasiado tarde —pidió.

El,joven no se entretuvo más. Saltó fuera, agarró la mano de Sarah y echó a correr en busca de la salida.

El suelo que pisaban era recorrido ahora por lentas ondulaciones, cuyas crestas alcanzaban unos pocos centímetros de altura. Hynan comprendió que Barham trataba de fundirse con la nave, para volver a la vida una vez más y ejecutar sus siniestros designios.

En pocos momentos, alcanzaron el ascensor, que les llevó rápidamente a la superficie. Mientras subían, Sarah, afligidamente, dijo:

—No podremos derrotarlo nunca..., nunca...

Hynan miró ceñudamente hacia arriba. Cumpliendo sus ordenes los prisioneros habían llevado una carretilla completamente cargada de vitalium.

—Tengo una idea —murmuró.

Un minuto después, llegaban a la superficie. Hynan no perdió tiempo. En la carretilla, había al menos un centenar de lingotes amarillos.

—¡Arrojadlos contra la nave! —gritó—. ¡Rápido, rápido, no hay un segundo que perder!

Los prisioneros se apresuraron a cumplir su orden. Todos los demás llegaban en aquel momento y Hynan vio más piedras con vetas amarillas, que hizo fueran asimismo lanzadas contra la nave.

Durante unos momentos, sólo se oyó el repiqueteo de los impactos contra el casco de la astronave. Por unos instantes, pareció que no iba a ocurrir nada, pero, casi de repente, los lingotes parecieron golpear una superficie blanda, como la de una pelota deshinchada.

Los náufragos parecían reaccionar y corrían en busca de piedras, que lanzaban sin cesar contra el aparato. De súbito, la nave perdió su forma, al convertirse en una masa semilíquida que se expandió lentamente por el fondo del pozo.

Nauseabundos vapores se elevaron de aquella cosa, sobré la que seguían cayendo piedras. Ya no había el menor movimiento en lo que, indudablemente, era un ser extraterrestre que. ya había

dejado de existir.

Y entonces ocurrió algo extraordinario.

Las paredes del pozo se agitaron convulsivamente. El suelo de las inmediaciones vibró con fuerza.

Asustados, Hynan, Sarah y los demás, retrocedieron a la carrera. Desde un lugar que les pareció seguro, contemplaron el singular fenómeno de un pozo que se cerraba sobre sí mismo.

En pocos minutos, el suelo recobró su aspecto habitual. Del pozo, de la nave y su único ocupante, ya no quedaba el menor rastro.

Las vibraciones de la tierra cesaron. Una repentina paz inundó los espíritus de todos los presentes.

La atmósfera parecía ahora más limpia. El sol brillaba con fuerza, pero no dañaba.

—Ovid, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Sarah, cuando, al fin, recobró el habla.

—Zphanax se ha librado también del ser maligno que lo poseía —contestó el joven—. Nunca sabremos quién era ni de dónde venía Barham, ni tampoco su nombre, ya que usaba uno terrestre, pero eso, a fin de cuentas, no importa demasiado. Se creyó infinitamente poderoso y resultó tan vulnerable como cualquiera de nosotros.

—El pozo se ha cerrado sobre sí mismo...

—Zphanax ha borrado una «cicatriz» de su superficie. Ahora encierra en su seno un montón de desechos, que irá eliminando lentamente. Quizá no podamos comunicarnos nunca con él, pero creo que, en el fondo, nos agradece lo que hemos hecho.

—Comunicarnos con él —repitió Sarah, pensativa—. Seria maravilloso, ¿no te parece?

—Sí, aunque... de todos modos, creo que Zphanax nos lo hará saber de un modo u otro. No sé cómo ni cuándo, pero estoy seguro de que nos dirá algo cuando menos lo esperemos.

Sarah meneó la cabeza.

—Tendremos que quedarnos aquí para siempre, Ovid —dijo.

El joven suspiró.

—Pienso que sabremos vencer todas las dificultades —contestó—. Somos muchos y ahora ya estamos libres de la maléfica influencia de Barham. Míralos —dijo, señalando a los prisioneros—. Parecen otros, incluso ríen y tienen en sus caras una expresión muy distinta. Son libres y lo saben.

—Tendremos que discutir muchos asuntos, ¿no crees?

—Sí, habrá que pensar en el futuro.

Hynan pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Sarah, creo que tendremos mucho que contar a nuestros nietos el día de mañana —dijo.

—¿De veras piensas... así? —preguntó ella, maliciosa.

—¿Te disgusta?

Sarah se colgó de su cuello.

—Me encanta —declaró apasionadamente.

***

El bosque había adquirido un nuevo aspecto. Asombrados, Hynan y Sarah vieron flores que no habían visto hasta entonces, pacíficos animales, frutos de vivos colores y agradable perfume...

—Te lo dije —exclamó él, muy excitado—. Zphanax nos hace saber sin palabras su gratitud por haberle librado de aquel ser.

—¿Tú crees?

—No hay otra respuesta, querida. Zphanax, es indudable, no puede hablar, pero nos lo dice por señas: árboles con frutos, animales comestibles, flores, plantas...

—Se me está ocurriendo una cosa. Si comemos frutos y otros vegetales, y la carne de los animales que podamos cazar, ¿no estaremos comiendo parte del organismo de Zphanax?

—¿De qué se alimentan los microbios y bacterias que viven en tu organismo?

Ella guardó silencio unos instantes.

—Tendremos que resignarnos a ser las bacterias de Zphanax —dijo al cabo—. Los ríos serán su sudor y los peces, microorganismos que viven en ese líquido.

—Sarah, no te aflijas. Las cosas son así y no las podemos remediar...

Hynan se interrumpió de pronto. Sarah le miró, intrigada, y vio que el joven tenía la mirada puesta en un punto determinado.

Una gran sonrisa apareció de pronto en los labios del joven.

—¡Mira allí!

Sarah volvió la cabeza. Una astronave descendía lentamente hacia la superficie del planeta.

—¡Vienen a rescatarnos! —gritó ella sin poder contenerse. Y echó a correr impetuosamente, seguida por Hynan, quien no se sentía menos satisfecho de la llegada inesperada de aquella nave, en cuyos costados podían verse las insignias de la Tierra.

Los demás náufragos la habían visto también y corrían a recibir a los recién llegados. Gritos de alegría surgían de todas las gargantas.

Hynan se detuvo de pronto, a cierta distancia de la astronave.

Sarah lo notó y se volvió.

—¿No vienes? —preguntó.

—Aguarda un poco, por favor.

La escotilla de la nave se había abierto. Decenas de náufragos se atropellaban en su ansia por hablar con los tripulantes.

El comandante de la astronave dijo que habían visto unas señales muy raras en las pantallas de la cabina de mandos y que por dicha razón, habían conseguido localizar un planeta que no figuraba en las cartas estelares. Añadió que hacía tiempo se investigaba la misteriosa desaparición de numerosas naves y que vendrían otras para recoger a los náufragos, parte de los cuales podrían embarcar inmediatamente.

—Nosotros esperaremos un poco más, si te parece —dijo Hynan a Sarah, cuando estuvo enterado de los propósitos del capitán de la nave de rescate.

—No hay inconveniente, Ovid, pero, dime, ¿crees que fue Zphanax quien emitió esas señales?

—Ya no me cabe la menor duda, Sarah. Zphanax no puede hablar, pero sí se expresa de alguna forma que nos resulta incomprensible.

—No les hemos dicho que este planeta es un ser vivo...

—¿Para qué? No se lo creerían y nos tomarían por locos. La verdad es que, en cierto modo, siento dejarlo, pero uno debe volver a sus orígenes, querida.

Sarah paseó la mirada a su alrededor.

—Zphanax ya no es un planeta maldito —sonrió—. Pero, de todas formas pudiendo marcharme, no me gustaría quedarme aquí. No me gusta ser la bacteria de un ser vivo, ¿comprendes?

Hynan se echó a reír y rodeó sus hombros con un brazo.

—Eso es algo en lo que estoy de acuerdo contigo —respondió.

F I N